

alfredo lefebvre



artículos
de malas
costumbres



ESTE ES un libro explosivo. El diablo cojuelo, que todos le conocíamos a Alfredo Lefebvre, ha levantado el techo, derrumbado las paredes y desnudado la piel de la miseria espiritual chilena. En este sentido, los *Artículos de malas costumbres* sobrepasan el género sobre el cual se apoya, y aunque los críticos rastreen antecedentes, busquen influencias y encuentren dos o tres tatarabuelos literarios, lo cierto es que, con escasísimas excepciones, nunca se había presentado un cuadro tan incisivo y profundo de nuestro clima espiritual. No están todos, pero casi todos se reconocerán en él, y el autor no ha querido, a fuer de honrado, quedarse fuera de ese clima, como lo confiesa en el prólogo. Está —como dice— dispuesto a la guillotina, pero no sin antes haber guillotinado a casi todo el mundo.

Directores imponentes, siúuticos amaestrados, sensibles supercultos, insufribles pedantes, rígidos diplomáticos,

CIONAL
LENA

*Artículos
de malas
costumbres*

© Alfredo Lefebvre, 1961

Inscripción N° 24.239

Prensas de la
EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.
San Francisco 454
Santiago de Chile
Portada de ALEJANDRO MÉNDEZ
Proyectó la Edición MAURICIO AMSTER

ALFREDO LEFEBVRE

*Artículos
de malas
costumbres*

EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

En mi entender todas las opiniones son peores.

JOSE MARIANO DE LARRA

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL**

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA**

Violación de ley y B.N.

1-1 NOV 1961

Depósito Legal

Indice

<i>Protesta del autor</i>	9
-------------------------------------	---

I. SENTIMIENTOS Y MALAS COSTUMBRES

Breve sociología del libro prestado	11
Se han visto muertos cargando adobes	16
La bondad humana	19
Pelambre y mito	21
El sol que más calienta	24
De la diplomacia	26
La simpatía	28
Como lo ven, lo tratan	31
Los mancebos tendrán visiones	34
No saber donde se está parado	36

II. VICIOS DE LA NACIONALIDAD

El civismo nacional	39
Poco tiempo en Chile	42
El "más o menos"	44

III. LOS CARACTERES

Los directores	49
Los ajedrecistas	52
Las chifladas	54
Los arrogantes	56
Los frescos	58
Los picajosos	61
Los sensibles	65
Los neutrales	69
Los pedantes	71

IV. LO DE ARRIBA

Teología de los terremotos	77
En el pedir no hay engaño	83
La Ascensión del Señor	85
Tener experiencia de la vida	87
Sentirse bien	91
El "Confiteor Deo"	94
Comida hecha, amistad deshecha	100
No tengo tiempo	102

“Este es un libro de buena fe, lector”, engendrado por la ira de vivir en un mundo enrarecido, pues uno es incapaz de insuflarle el aire que necesita. Entre temblores de tierra nacieron estas páginas, mientras contemplaba, a duras penas, las pobrezas del alma de mi patria.

A través de su variedad de temas, hay unidad en la composición, en las concepciones de los asuntos tratados, en la sensibilidad de lo sobrenatural o de lo terrestre, en el humor, gravedad o burla, y en las ansias ardientes por decir algo cierto, verdadero.

Estos ensayos exponen una crítica continua, pero no se refieren a persona alguna, institución o firmas comerciales. La clave de cada uno de ellos es secreto de las pesadumbres mías, y a quien le venga el sayo que se lo quite. No analicé la miseria humana sobre la viga del ojo ajeno. “Yo mismo soy la materia de mi libro”, ya por pecado, ya por paciencia. La única pena al publicarlo es no estar a la altura de todas las verdades que proclama.

Lectores muy prudentes podrían estimar un tanto negativa la visión del libro. Les encarezco que lo desnuden en el interior de sus almas, porque quise dar una salida a los problemas suscitados, sin que nadie se sienta obligado a entrar en mi reino. Los que no soportan si se nombran ciertas cosas de cariz religioso, tengan la misma impavidez con que yo les escucho sus lenguajes laicos o comunistas. Existen pelos en la sopa de cada día más oscuros que la fe: muchos se los tragan con deleite y sin bascas, cual la apancora del erizo.

Sobre todas estas diferencias, me permito decir con Herbert Butterfield: “Si uno se deja guiar por una estrella lejana, puede estar seguro de que sus afectos y sus intenciones serán equilibrados. Y así los simples medios no se convertirán en fines absolutos.”

Al redactar algunas páginas, me salían textos de las Escrituras: a veces aparecieron en su literalidad absoluta; otras, en forma simbólica, y hasta como motivos de exégesis ajena al contenido propio;

en más de un caso parafraseé algún Evangelio por necesidad de expresión, movido siempre por amor a la Palabra, no por mera especulación literaria. Si erré en este uso apasionante, estoy dispuesto a la guillotina.

En obsequio del lector, y para evitarle perturbaciones, ordené el libro en cuatro partes, no sin que se asome algo de cada una en las otras. Por ahora concluyo con Quevedo: "Hagan todos lo que quisieren de mi libro, pues yo he dicho lo que he querido de todos."

I

Sentimientos y malas costumbres

Breve sociología del libro prestado

Un libro es un objeto lleno de fuerzas desconocidas. Reúne en su blancura y entre las riquezas de su tipografía, la preciosa armonía de tres almas, la del autor, abierta como fuente universal, para que todos puedan beber en ella alguna gota de verdad, de hermosura; la del dueño del libro, el cual puede alimentarse en esas páginas, hasta alcanzar su alma profundidad y anchura. Y el amigo que pidió el libro prestado. Estos tres nunca forman una reunión fraterna, nunca se juntaron para leer y compartir un logor, ocasión incomparable para practicar convivencia honda y respeto al prójimo, noble dignidad destruida por una verdadera institución, traidora de los mejores principios de justicia: la del arte de quedarse con los libros ajenos.

Constituye la manera elemental de formar excelentes bibliotecas particulares, la autoeducación más económica del mundo, y un gravísimo comienzo de amnesia, cada vez más generalizada, que puede llegar a una neurosis conocida con el nombre de cleptomanía libris, muy temida en las librerías y en las casas con bibliotecas. No aludamos a la circulación generosa, de mano en mano amiga, como cadena de la suerte, de algún libro de moda, tipo *best-seller* criollo, que en Chile contribuye a disminuir en más de un cincuenta por ciento los derechos de autor, por lo demás muy

reducidos en este país exportador de papel, en el cual ningún escritor puede vivir de su arte. Todo el que escribe, bien o mal, hace otros deberes, para subsistir apenas. Jamás cumple el ideal de entregarse de lleno a su voluntad esencial, a su vocación.

De este modo, el libro prestado representa un errado acto de caridad, una generosidad mal entendida, hasta el punto de convertirse en el mayor entorpecimiento de las tareas de gente que usa los libros como instrumentos de trabajo, con los cuales gana su pan, desde el docente de primeras letras hasta el pontifical catedrático universitario o el investigador en ciencia literaria, o de cualquier escritor, y otros oficios que los usan.

Impresiona observar que la mayoría de las peticiones de libros no se deben a necesidades culturales de los solicitantes. Suelen motivarse por caprichos, snobismos, calenturas diletantes, curiosidad súbita del ojo intruso, nunca cansado de ver, pegado al anaquel ajeno, antes de dirigirlo al rostro del amigo para saludarlo, saber de su vida, darle compañía, decir una palabra buena. No. Frío el ojo insaciable está allí, siguiendo los títulos, los autores; luego no se aguanta las ganas y da paso a la mano, ésta agita los dedos, ya lee con el tacto, hasta que hace temblar la axila y por fin contra ella aprieta el volumen que ya siente prestado, como a una doncella conseguida, con un placer intelectual, tan abundante de espíritu como los ejercicios sexuales de la adolescencia. También la avaricia coleccionista tiene su parte en estas substracciones.

En éstos arrebatos de la inteligencia suele ir implícita una suposición: creer al dueño de libros con una obligada función social: todos los ejemplares para uno, y uno para todos. Cuando después de telefonemas, viajes en buses y caminatas se recupera el texto, descubrimos cómo ni siquiera fue consultado. Está impoluto. Lo contrario, quizás, es más alucinante. Llega a las manos del dueño, pero en un estado indigno del natural aseo de quien lo llevó. Ese cuida su camisa, su corbata, la línea del pantalón, pero al libro ajeno le dobló los costados, no quedó con tapa en su sitio, y la horrible incuria de los dedos, con esa grasa humana tan afrentosa como la del chanchito o la de empella; más odiosa aún, porque im-

pregna toda la tristeza del polvo de la tierra, esparcido en los títulos, adherido con señas digitales de la miseria del hombre, siempre en lucha cruel contra la mugre de su fisiología. El espanto de la inmundicia ha cubierto el pensamiento y la belleza del poema, corona la elevación de un estilo. La creación inmortal rodeada de bazofia humana, toda la hermosura de un espíritu envuelta en destrucción de papel y cartón, muerta la forma material, asquerosa la cubierta y la portadilla, para que meditemos en los principios civilizados, en el derecho romano, en la caridad cristiana, en el triunfo del espíritu y del amor sobre la abusadora sonrisa que te arranca lo que necesitas para satisfacer vanidades, manías, aprovechamientos, euforias de falsa inteligencia, ambición de figurar al día en el reino de la peregrina intelectualidad, en la morada de quienes nada tienen que ver con los salones elegantes, donde se escucha la charla del "¿Ha leído usted la novela de X?" Es estúpida. —No, no la alcancé a leer, me la llevó un amigo, y si me la devuelve, puede ser que escriba un artículo sobre ese libro. Se habla mucho de su hermosura. ¡Vaya! ¿No está usted leyendo el ejemplar mío? ¿A ver? Sí, se lo ha pasado fulano de tal. Si me permite, lo llevaría a casa. Me pertenece. Y quisiera retirarme. Estoy muy fatigado. A usted, señora, no le importan los valores espirituales que el libro denuncia, usted quiere lucirse en su casa, aparecer interesante frente a sus amigas y los amigos de su marido; si me permite, tengo algo que decirle, usted ha leído esta novela como si hubiese tomado una taza de café o un whisky de contrabando, a lo más ha reparado en detalles externos que calificará de pornográficos por su mala formación religiosa. Déjeme ir, no le voy a adornar más su reunión con mi presencia; no sirvo para estas cosas, me confunden sus gentiles elogios; yo la quiero mucho, pero no creo en sus palabras amables; tendría que corresponderle, celebrar sus opiniones, agradecerle su kuchen; pero al fin, usted es inocente, no hay ninguna mala acción, es víctima de todo un sistema social cretinizado, es fruto de un mundo de estulticias que veinte siglos de cristianismo no han arrasado, porque la Iglesia tiene demasiada paciencia y prefiere soportar la es-

tulticia a la pérdida de la fe. Déjeme ir, por favor, pero deme mi libro; le pediré perdón a su amigo, también mío, y le advertiré que lo tengo yo. ¡Ah, qué lástima! Le falta la tapa. Mire, parece que la cayó una cucharada de sopa, cuando leían. Lo siento. No se ofenda. Hasta pronto. Su velada ha sido encantadora. Y dígame antes de partir, para dejar en paz mi conciencia: Este libro es una primera novela; no es excepcional en su construcción. Pero eso poco importa. En Chile se construye muy mal, en arquitectura, como en letras, ni los novelistas ni los dramaturgos lo saben bien. Este que usted tanto pondera dice algunas cosas, en medio de sus imperfecciones, que la gente ya no piensa; dice esto: para poderle encontrar algún sentido a la vida hay que tener alguna convicción. Y usted, señora, ¿la tiene? ¿Daría la vida por algo, por alguien, que no sea su marido o sus parientes, para que el amor no quede sólo en la cama, y pueda llegar al mundo? Buenas tardes. Su velada ha sido muy grata.

Una norma necesaria contra este funesto arte que lamentamos debe ser la siguiente: Nunca prestes libros a personas de nivel económico superior al tuyo. En estos casos la indiferencia por el retorno es absoluta. Creen que te han honrado al quedarse con lo tuyo. Un riesgo mayor lo constituyen los bibliófilos, no muy abundantes en nuestro país, o los coleccionistas de primeras ediciones. Todos estos casos provocan desgastes psicológicos al no querer uno ofender, con esa facilidad con que solemos perder identidad cuando exigimos un acto simple de justicia; en este caso, la sencilla devolución, más elemental que el *do ut des*, pero convertido en obra de romanos.

Si buscáramos una explicación de estas calamidades de la vida diaria, no para justificarlas, sino para comprenderlas como miserias sociales, habría que pensar en un generalizado desprecio por el valor de esto que llamamos cultura, porque el pedidor de libros no tiene empacho en gastar sumas superiores al costo del volumen que te llevó, por comerse un causeo de patas, o el impajaritable bisteque a lo pobre, y otros gastos que acomete en relación con el resto de su fisiología. Pero cuando se trata de pagar una con-

ferencia, un libro, un curso, unas lecciones, ah, no, eso debe ser regalado, porque en Chile la educación pública es gratis, y es costumbre nacional obtenerlo todo dado; al fin somos tan subdesarrollados y tan pobres, animados siempre por el mediocre afán de sacar partido del vecino al máximo. Es la institución nacional del "aprovechar", cuyas muestras más típicas y vulgares son: el uso para fines personales de las cosas de dominio público; el paradigma de esta costumbre es la carta que se recibe con membrete impreso, en el sobre robado de algún hotel, donde no se ha alojado, o de la oficina donde se trabaja o de un amigo en cuya casa se pasó el fin de semana. No es algo grave; estamos tan acostumbrados a esta alma de latrocinio constante, que nos parece una superflua distinción jurídica considerar estos pequeños hurtos. No será muy doloso, no hay pecado mortal en ello, pero no deja de ser muestra de una actitud vital, un diseño de las deficiencias del alma nacional, de un país en el que ningún vendedor de diarios dejaría el ejemplar en la puerta, ni mucho menos el repartidor de pan su marraqueta, ni el lechero, la botella, antes de tocar el timbre. Existe un estado de cosas, miserias y limitaciones, que han ido criando estas costumbres; pero la pobreza nuestra es —muchas veces— un desorden en el uso de los bienes que se tienen: una falta de sensatez en la administración del dinero, de los sueldos, en un país siempre sobregirado en el dispendio, en el afán de pasarlo hoy bien, y que mañana el mundo se hunda. Es el reino del patache.

Los variados ejemplos de estos vicios nacionales se multiplican hasta el infinito; no hay riqueza personal en el país que pueda suponerse legítimamente conquistada. Hay mucho legalismo lógico que permite obtener bienes con daños del prójimo. Y las leyes y los reglamentos dejan la conciencia tranquila. Todo esto fija un cuadro de vida nacional espeluznante; engendra un sentimiento de estar siempre a punto de recibir un asalto, ya por el teléfono, ese aparato desgraciado, que mete a cualquier intruso en casa, o por la puerta, con eximias sonrisas, o por la calle, donde siempre brinca la liebre.

El fondo de dicho malestar consiste en sentirse usado a beneficio de otros, sin consideración de ninguna clase; no faltará la razón teológica para que te avasallen y te exploten en nombre del amor a Dios, y así te traten como buzón donde todos ponen su carta mal escrita. Siempre te ven cara de pila de agua bendita. Hay gente que roba ideas, saca informaciones, interrumpe sin excusas, solicita toda suerte de colaboraciones, habladas o escritas, te pide certificados y hasta falsificaciones de documentos, y por cierto, libros; sí, muchos libros, sin pensar jamás que el solicitado tiene un cuerpo y un alma que atender, sus trabajos propios que le toman tiempo, concentración, libros, paciencia y reposo, y está ahí frente al otro, con su mente, y su vida entera, la de ayer, la del momento y la de mañana, la cual contiene seguramente un para qué. Y son capaces de hablar después del respeto a la persona humana, los mismos que te han asaeteado como si fueras un San Sebastián, y luego elogian la primacía del espíritu, entre vasos de vino y abundantes empanadas; todas ideas fundamentales de la civilización cristiana y de los partidos políticos más avanzados, pensamientos que a lo mejor los aprendieron en el libro que nunca más volvió.

Se han visto muertos cargando adobes

Cuando se oye esta sentencia, lanzada en la conversación como un ladrillazo de sabiduría, uno padece de inmediato apoplejía. Todas las facultades se detienen; no sólo la irrigación sanguínea por los recovecos del cerebro, más bien los recursos del raciocinio. Con tamaño punto final nos quedamos sin habla. No por miedo a los fantasmas, aparecidos o cadáveres portadores de ladrillos de barro. A causa de la orden de no sorprenderse que manda la sentencia; es preciso estar de vuelta de todos los recodos de la vida, bajo el sol no hay novedades, aunque llueva; dejemos pasar el diluvio.

El distinguido comerciante se colgó de una viga y nunca se supo

la causa, cuando ganaba tanto; el otro caballero, modelo de padre y amante esposo, de la noche a la mañana se ha fugado con una señora y deja sumidos en la miseria a su esposa y a los hijos; acuérdesese del rumboso personaje del partido tal; ahora, con el triunfo del partido cual, cruzó la barrera del sonido de las antiguas aclamaciones y se pasó al otro lado, al que antes anatematizaba en sus peroratas y discursos. No se escandalice. Al fin todo hombre tiene su precio. Siempre hay falda de por medio. Y a lo mejor se trata de una parafilia.

Y ese mediocre transformado en dirigente, el tonto enriquecido, el arribista plenamente aceptado, el estudioso dedicado a la política o al comercio, y este espectáculo macabro: los obreros van a cumplir 200 días de huelga y no se produce nunca el avenimiento de las partes, porque a la empresa le conviene la duración de la huelga, así vende todo el stock sobrante. Ahí está el extorsionador, siempre subiendo el canon del alquiler, y si los arrendatarios tienen hijos les quita la casa. Corren los tipos que nunca juegan a perder y ganan siempre, llevando máscaras de principios y se oyen suspiros que cubren monedas, llantos que inundan ambiciones, iras, ansias de dominio. Pero, ¡vaya! ¡Si se han visto muertos cargando adobes!

Por lo tanto, me siento en mi bergere; leo algo que me produzca agrado, una novela liviana; toco la música que me encanta; acaricio a mis niños, aunque es mejor verlos dormidos: molestan menos; pido un vaso de buen licor para preparar el apetito de la cena; enciendo mi regia lámpara, mientras circula a mi alrededor la tibieza de la calefacción central. Y dejo de lado el periódico, con noticias tan desagradables como esa historia publicada el mismo dieciocho de septiembre, cuando celebrábamos el sesquicentenario, la del empleadillo: desesperado por no poder pagar unas deudas, asesina a su mujer y a sus cinco hijos, y luego se arroja a la vía del tren, justo cuando pasaba uno de la ciudad jardín, el balneario del casino y la ruleta, en dirección a la perla del Pacífico. Seguramente el hombre estaba trastornado. ¡Cómo no iba a tener un amigo que le prestara plata para cubrir la letra del juego

de comedor! ¡Qué mal gusto! ¡Desideria! Tráeme otra copita de lo mismo y los cigarrillos norteamericanos. Yo no creo en la desolación humana, si se han visto muertos cargando adobes. Esto sí es extraordinario y no hay más que decir.

Hay algo nunca contado hasta ahora. Aquella visión es verídica. Se han visto muertos cargando adobes: esa es una de las actividades principales en el Reino de los Cielos, para irles preparando a todos los desamparados de este mundo sus habitaciones celestes. El Señor había dicho: en la casa de mi Padre hay muchas moradas. Pero están escaseando, llega mucha gente muerta de desesperación o de hambre; José, el carpintero, dirige las faenas, y cuando Jesús pasa a mirar las obras, se desata una alegría y un canto tan indecible que los ángeles se desmayan.

Antes se dijo: los enemigos del alma son tres: el mundo, el demonio y la carne. El hombre se inventó un cuarto: el dinero. Es tan maligno como para burlarse del Evangelio, allí donde dice: "No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma". El dinero arrasa con ambas partes del ser humano.

Destruye en forma romántica: por ausencia y por su raro poder de adelgazarse en la mano como un silbo. Hay varones y mujeres que pasan todos los años de sus vidas luchando para obtener más cantidades de él. No por comprar placeres y figuraciones de felicidad. No. Simplemente para pagar deudas, cuentas, letras, préstamos, descuentos, cheques a fecha y todos los juegos del mundo de la economía, en virtud de los cuales cancelan el último parto de la señora, la matrona, la ayudante de la matrona, el hospital, las medicinas, la operación del niño mayor y los arriendos atrasados.

La invención del dinero degradó a la especie humana y creó una diferencia inconcebible: la de ricos y pobres. Hubo políticos perversos que identificaron a los unos con los buenos y a los otros con los malos. Y las cómodas distinciones entre pobres ansiosos de dinero y ricos indiferentes de sus bienes no justificará nunca semejante división de la raza. Los sacerdotes nunca predicán las maldiciones que las Santas Escrituras lanzan contra los ricos. Ni siquiera se recuerda lo difícil que le es salvarse al hombre de muchos

bienes, en aquel versículo en que Cristo lo compara con un camello¹. Los afortunados creen que ser cristiano consiste en asegurarse con el oro este mundo y el otro, mientras usan la diaria injusticia de abanico. Y no habrá auténtica nobleza en el mundo mientras ellos mantengan abismos sociales; con tales condiciones, en la civilización de mañana, el cristianismo será más y más sal desvanecida. Pero te contestarán: Siempre hubo pobres, y males en el mundo; de qué podemos sorprendernos si se han visto muertos cargando adobes.

Sí. Es cierto. Pero esa visión extraordinaria se está alterando en los últimos tiempos. No todos cargan adobes; con la dirección del apóstol Santiago², los están disparando a la cabeza de los vivientes ricos: el horrible dolor que les produce se llama miedo al comunismo.

La bondad humana

Esta calidad, esta virtud, es una espada de doble filo que algunos hombres llevan en su vida, con más riesgos que Damocles. Suele celebrarse como substancia y resumen de toda inclinación al bien. Ella preside la nobleza del espíritu, los movimientos de la generosidad y la donación del amor más desinteresado. Es el agua viva de la santidad. Pero en el rodar de cada día la encontramos tan perturbada, hasta el extremo de que un personaje de Galdós llegó a exclamar: —“¡Dios mío, qué malo es ser bueno!”

Raras veces se la encuentra en estado puro. Suele ir mezclada con la ingenuidad, con la debilidad de carácter o con la locura. Allí están siempre presente, Don Quijote, Charles Chaplín, El Príncipe Idiota y Monsieur Hulot. El mundo la identifica con la estulticia y con la pobreza de espíritu. El bondadoso es objeto de risa, nunca de respeto. Se lo utiliza, pero no se le reconoce.

¹Mateo: xix, 16-26

²Santiago: v, 1-10

Y si alguna vez se considera su alta condición, nunca será por su significado de fuerza sino por sentimentalismo necrológico, que a la postre no tiene importancia, como un tango cualquiera, como una novela rosa. Es un modo de menoscabar la bondad, porque al fin ella no es un espectáculo brillante. Se alimenta de sinceridad y de silencio. Su gesto suele ser la sonrisa, prodigada sin discriminación de derecho, aun a los que no la merecen.

El bondadoso es un hombre que no puede poseer nada, porque todo lo va dando: alimentos, ropas, libros, dinero y cheques a fecha. Termina siempre endeudado a beneficio de otros. La mentira del prójimo le saca los últimos restos de su alma. Es que todo lo cree, aunque vea el engaño, y todo lo perdona, desde antes que lo hieran. Abandona su propia vida, sus horas y días para que los demás olviden la incuria del tiempo. No quiere dejar sufrir y asume el daño ajeno. Por dar el bien se queda con el mal. Nunca alcanza a tener alegría de su mano tendida, porque le duele que ella no pueda envolver al mundo.

Cuando pronuncia una palabra buena, y de sus labios brota reposo, claridad o consuelo, la indiferencia convierte su voz en humorada; los dueños del poder o de la riqueza le golpearán protectoramente en el hombro; los orgullosos le increparán por su tontería; los pobres le llamarán rico; los adinerados dirán que ha perdido la razón, y los políticos reirán a carcajadas. Nunca tiene razón el hombre bondadoso. Será siempre exagerado o sumamente divertido.

Cuando alguien dice de otro, como conclusión estimativa: ¡Es tan bueno!, parece que escucháramos una grosería, una ofensa. Se habría mencionado la única grandeza, el ethos fundamental de la vida; pero el mundo sabe que se ha dado el peor juicio, el que reduce el valor de la individualidad a los extremos de su insignificancia, y lo sitúa en el reino de las postergaciones. La generosa exclamación ha logrado un equilibrio más o menos hipócrita, con el cual se disimuló una serie de deficiencias, cubiertas con el gran manto de la bondad humana. Porque de siglo en siglo, el trueque de valores ha dejado una inversión aterradora: hay pre-

ferencias por el arte, las letras, la agudeza mental, el ingenio y la malicia, antes que por el bien. Lo bello es adorado. Lo bueno se parece demasiado a lo verdadero: es su rostro. Podemos celebrar a un artista aunque sea un canalla. Su egoísmo nos deja fríos, sus arbitrariedades las celebramos como signos de personalidad, aunque prodiguen viva injusticia. Y si nos dicen:

—¡Es tan bueno!, capaz que dudemos de su genio.

Irremediablemente el destino del bondadoso se cumple en el Último Día. Entonces bastará una sola gota de agua de su costado para calmar la sed de redención del universo y desbordar las fuentes del Paraíso.

Pelambre y mito

A pesar del “no juzguéis y no seréis juzgados”³, la crítica al prójimo parece constituir uno de los placeres de la vida. Cuando alguien responde al comentario oído: —¡pero no puede ser! —¡No me lo habría imaginado nunca! —Es tremendo, ¿ah?, la emoción exclamativa acusa más bien el íntimo disfrute de haber podido escuchar algo nuevo sobre alguien, un caso de ruptura de los moldes establecidos, con toda la satisfacción de saber aquello que el oyente no se atrevería a hacer. Puede tratarse de algo trágico, picaresco, sombrío o encantador, pero al fin, el ojo no se cansa nunca de ver ni mucho menos el oído de caricias verbales.

El hombre relator de la vida del prójimo debe realizar su persona, como se dice, mediante emisiones de palabras y el pelambre le servirá de catarsis. De la más leve huella restaura una historia completa o un monumento a la maledicencia. Por amor a la paremiología, lanza una piedra al río, y éste se la lleva entre burbujas regocijadas, a fin de dar cumplimiento a eso de: “cuando el

³Mateo, vii - I

río trae piedras, ¡suenal!"; luego, con una increíble devoción hace a todo su auditorio comulgar con ruedas de molino, que él no se las coloca al cuello cual escapulario, suficientemente grande para un buen uso de ancla si alguien decide arrojarlo al mar, donde más le valiera, según la palabra de Cristo; allí en el fondo, con todo el peso de la muerte, con toda la gravedad de sus numerosas palabras, esas inútiles, de las cuales tendrá que dar cuenta en el último día, pero lo más al fondo, hollando las Atlántidas, para que no alcance a llegar al día de la Resurrección, con su propia figura.

Los hablantes son de peregrinas sonoridades; por caso, los de tono depresivo: nada se puede mentar a favor de alguien, ellos reducen las cualidades, la importancia, la esperanza. Al revés, otros aceleran las suposiciones latentes, sospechan un trasfondo tortuoso, buscan la mujer oculta o la secta o la ideología. Por lo menos la ambición o la envidia. Entre éstos se destacan los críticos de la institución a la cual pertenecen; no le dejan ni un edificio bueno, rompen todos los vidrios, atraviesan todos los escalafones y en cada grado clavan una pica con curare. La gente pasa con las espaldas llenas de saetas, dardos y flechas. Si la institución se transforma, aumentan los disparos de boleadoras. Atacan con el terror a las novedades, se defienden a brazo partido. La organización nueva, otro estatuto, una reestructuración, les trastorna la incapacidad de quitarse las anteojeras.

Un estilo de crítica contradictoria suele asomarse tarde o temprano, cuando el comentarista no funciona basado en su enfrentamiento de las cosas, si no mediante ideas y partidos tomados antes de consultarlos con el sentido común. Por caso: lamentar el porcentaje de analfabetismo, y paralelamente, despampampar contra la enseñanza particular pidiendo su supresión, cuando sucede que ella también contribuye a disminuir el problema. Lo despampampante es oír esta prédica en establecimientos particulares. Hoy, la historia de la torre de Babel es un cuento ingenuo: ha sido superado por la opinión pública, manejada democráticamente por pequeños grupos de audaces o comerciantes de prensa y radio.

Más ensaladas de lenguas se alían con la opinión individual dirigida por grupos, partidos, sectas y creencias mal entendidas.

En esta ciencia del loco hablar se encuentran cabecillas ingenuos; inventan dramas completos nunca vividos por sus protagonistas. El prójimo queda en ellos como el peor canalla. La fabricadora de embelecos turbios transfirió a las vidas ajenas su personal eros o su íntimo resentimiento. Es una fantasía en la cual no se pueden establecer diferencias de sexo.

Hay un tipo inaudito de pelambre: consiste en hablar siempre bien de los otros. Celebrar todas las acciones, la menor gracia, los más leves pasos ajenos. Puede tener un efecto insospechado, digno de la poesía. Engendra mitos. Por lo demás es el procedimiento de sociedades, partidos políticos y toda suerte de agrupación que pretende imponer en el medio sus puntos de vista o su influencia; si se necesita lanzar un candidato para un cargo, o en una elección, las opiniones generosas se difunden organizadamente, hasta idealizar la figura en cuestión; queda engrandecido el hombre, exaltada su simpatía y sus méritos, aunque estos no existan. Si el magnificado va a otra ciudad, la distancia acrecienta la distorsión hiperbólica. ¿Puede alguien quejarse porque su nombre se arrojó al río como piedra de oro? Sólo el tiempo hace justicia a la naturaleza humana. Los frutos son la única sabiduría, el real conocimiento. Y hay tiempo de sazón y tiempo de madurez.

También hay una crítica nobilísima, delicia de la charla serena, sin mal ánimo, con esperanzas de ver más claro: cuando te reúnes con amigos, y las palabras, los recuerdos, las expectativas van dibujando rostros, personas, afectos. Se narran hechos, se revisan valores, pro y contra, examen serio del vecino, con atisbos agudos, con luces hondas sobre el alma ajena. No anda la lengua como bestia desbocada. La ponderación del juicio respeta todas las posibilidades de error, y ese halo impalpable que distingue mil personas en una sola individualidad, hasta que un día te encuentras con quien fue objeto de la amable conversación, le das tal vez la opinión elaborada y descubres que andabas tan lejos de la íntima realidad del dignamente analizado, a cien leguas a la redonda,

porque faltaba un dato de esos intocables, desconocidos por esencia o por la dureza de los corazones. —No, no, si a mí me ocurrió algo muy distinto. —Jamás tuve semejante intención. Entonces, mi mujer estuvo muy enferma, pero antes de declarársele el mal, me había dicho: De todos tus amigos, prefiero a... porque, desde luego, no me mira con deseo, y sobre todo ¿sabes?, porque es silencioso. Ella bajó la vista, con el pudor de haberse permitido opinar sobre un amigo mío. Entonces le contesté: Mira, de los callados es el reino de la verdad. En él, sí, podremos confiar siempre.

El sol que más calienta

Si un hombre tiene una convicción profunda, la mantiene como línea de su vida y funda en ella el dinamismo de su existencia, ese hombre se hiela de frío, porque nunca recibe el sol que más calienta. Ese que arde radiante en las administraciones y oficinas donde se deciden los problemas, negocios y galardones de este mundo.

Puede cultivar una obra sostenida, una tarea creadora, capaz de significación, bella o importante, pero si en sus consecuencias va más allá de los intereses de quienes confieren los dineros, los dones, las prebendas, justicias y reconocimientos, entonces se le dirá: "Lo felicito", "Vuelva mañana", "No hay presupuesto", o a lo mejor: "Nadie es profeta en su tierra".

Frente a semejante estilo de relaciones públicas, los indiferentes suelen exclamar: "¡Así es la vida!" También lo dicen con más emoción y ojos entornados, aquellos que circulan en torno al fuego vivificador de las conveniencias, partidos, cambios de posiciones, según el astro rey que rija en el horóscopo del alma palaciega. Siempre hay un rey para los pusilánimes que no alcanzan a ser soberanos de su propia alma. La elegancia y la zalema son la divisa de tales seres, que al no poseerse por dentro, se apoyan en sus ídolos de solapa bien cortada, gentil saludo y sabiduría política. Como len-

guaje ejercitan la cortesanía. Su gesto supremo es poner temblorosamente el abrigo, porque simboliza al sol que más calienta.

Entre esas dos especies humanas hay extrañas analogías y distancias que cortan como cuchillo, tan afiladas que degüellan cabezas. Unos y otros parecen fieles a sus causas, auténticos, determinantes. Un santo genuino busca bajo duras batallas el sol de su Dios. Un artista, el de la verdad y hermosura. Un directorio, el del bien común de la institución que gobierna. Un secretario, la precisión solar de sus comisiones y la defensa del jefe. Así todo está bien, con la paz de la buena voluntad que cantaron los ángeles, y los labios se abren, pues la sonrisa es la madre de la ciencia, el comienzo de la sabiduría.

Hay solemnidades, conmemoraciones, efemérides, en las cuales individuos de una y otra especie tienen que manifestarse o representar su medio: en ese momento declaran los sustentos de sus ideologías, hablan de los fundamentos de sus corazones; mostrarán, con la mano en el pecho, lo incommovible del eje de su tierra. El que oye, curtiditas las orejas por los discursos, recordando a Hamlet cuando leía un libro, observará a unos adaptar los verbos según las estaciones del año, a la espera del verano, cuando aparece el sol que más calienta. Y en los otros oírán palabras que caen poderosas como piedras sobre el agua, desatando círculos crecientes de juicios verdaderos y razonamientos purificantes, los cuales van más lejos de todo sistema solar, y se quedan vivos, resonantes, para siempre, aunque muera el hombre que habló, helado bajo la lluvia.

El sí diplomático y el sí espiritual engendran hijos muy distintos. Unos son lobos para el hombre, y merecen la sentencia de las Escrituras: "Todo hombre es mentiroso". Los otros, en verdad, reciben el nombre de amigos. Para éstos la Biblia trae encomios, hasta el extremo de que con ese nombre de amigo, llama el Cristo al que le es fiel y le sigue.

Porque en la vida de cada día te darán excelsos argumentos, lógicas perfectas para explicar los hechos ajenos que te fueron adversos. O quizás te llenen de encomios. Pero un día llegan volando

las avejillas de antaño, esas que —por cierto— no hacen verano, los gorriones de las diferencias de principios, dispuestos a comer los higos de tu huerta, de tu obra, tu trabajo y tu justicia. Busca, entonces, con ansia ardiente, el sol que más calienta, para que puedan madurar tus frutos. Mas, ¡alerta! No te equivoques de galaxia.

De la diplomacia

La diplomacia es el arte de ocultar la verdad de los hechos y de los sentimientos. Consiste en decir todo lo contrario del pensamiento guardado en el corazón, ya sobre ideas, personas e instituciones. Constituye un sistema de convivencia, por lo demás, misterioso, con poderes de sacramental, porque obra *ex opere operantis*; es el rito en virtud del cual somos movidos a creer que “todo está bien”, y por lo tanto, “aquí no ha pasado nada”, y puede llegar a producir un ánimo glorioso, como el manifestado por muchos viajeros; esos que regresan al país, diciendo: “No tenemos nada que envidiar.” Semejante al sacramental de las exequias, la diplomacia alcanza siempre a “echar tierra”, y logra muchas veces resurrección y vida, mantenimiento y buena economía.

La forma clásica de ella es la de los intereses creados. Su intimidad se llama coima o chantage. Hay ejemplos de la historia, institucionales, de la más refinada prostitución: numerosos reyes casaron a sus hijas con príncipes desconocidos y no amados; la ligazón de la carne aseguraba el bien general de unos o más reinos, pues el mal menor debe buscarse ávidamente, a fin de que lo perfecto sea enemigo de lo bueno. A estos procedimientos los llamaron alta diplomacia.

Las bellas fábulas del doctor Fausto o la otra más menuda de un jovenzuelo de nombre Crispín, contienen el mismo juego: la mentira se disfraza con el rostro sagrado de la esperanza, y ésta se la disminuye hasta el tamaño de una moneda, mientras una

dentellada del amor humano pone en desprecio todos los juegos de la ambición, avaricia y locuras de los cálculos y conveniencias.

Hay lugares, cierta tierra de nadie, donde se logra anular definitivamente toda acción de la diplomacia; sus más dulces palabras, operantes como hipnóticos (suavísimas como esa música que Unamuno no quería nunca escuchar para mantener el alma anhelante), no logran ser sirenas. Se quedan flotando heladas, sin gravedad atractora, hasta extinguirse cual pompas de jabón: No hay diplomacia para conquistar vida eterna o cultivar ideales. ¿Quién seduce el mundo numinoso? Difícil sería poner en estado de reloj derretido un valor absoluto. La virtud dejaría de existir, la verdad se tornaría sofisma, y la belleza, prostituta.

Si un artista o un escritor se dedica a repartir zalemas a las personas importantes y autonoticias en los periódicos, no podremos afirmar con ello un aumento de oficio o talento; más bien un indicio de decadencia, de liquidación de sus potencias creadoras. Busca gloria, efervescencia, arrobamiento y se convierte en ruido y mito. El fondo del arte es pacífico, aunque las obras tengan el furor de los profetas. Paz es el nombre de la Creación, y Jehová descansó el séptimo día. No huyeron los ángeles como periodistas y fotógrafos para entrevistarle y lanzar el flash a la prensa. Tampoco dijo palabras encantadoras a las otras personas influyentes de la Trinidad para así obtener una embajada en el extranjero o un cargo en la institución nueva. El no sabe diplomacias, por lo tanto no le darán un distintivo oficial ni un premio ni menos la condecoración.

El más frecuente oficio de la diplomacia en la diaria brega es su arte para velar aquello de que la necesidad tiene cara de hereje. Al fin, el hombre debe cubrir desnudeces, hambres, sed; pero con ropas, guisos y águas dignísimas, que a la postre lo dejan sin Cristo. Como hereje. Por esto, el mayor esplendor de la diplomacia es el respeto a la persona humana.

Para ejercerlo se vale de una prima también distinguida, más modesta y corriente: la cortesía. Nos la encontramos siempre triunfante en las aglomeraciones públicas, en los interiores de la mo-

vilización colectiva; esta apoteosis social que recuerda siempre las carretas de la revolución francesa, camino a la guillotina, portadoras de gentilhombres.

La más siniestra diplomacia no es la de políticas y gobiernos del mundo, como suele creerse. Es la del individuo que así opera para asegurarse el negocio de su propia alma. Regala algún dinero en la calle al primer pordiosero, el terno abandonado, algunos kilos de diarios viejos; se siente luego sublime, ha tapado con sus sobras unos diez centímetros de harapo ajeno. Cumplió con la ley de Dios: le hizo el amor al prójimo. Así capitaliza una renta en el cielo. Pero él mismo no se da, ni a Dios, ni al diablo ni a los hombres, porque nunca sabe que "lo cortés no quita lo valiente".

La simpatía

Es el preludio de los conciertos armoniosos de la vida. El origen de los grandes sentimientos, como también de los menores. El poder inenarrable que une almas, cuerpos, ata voluntades y camina embriagado. Su primera claridad es la alegría del corazón. Embellece el comercio humano y expande el pecho como universo.

Del amor de Dios a los hombres, la primera noticia que las Escrituras revelan es la de una inconmesurable simpatía por estas criaturas hechas por El a su imagen: El Verbo Creador "se recreaba en el orbe de la tierra, teniendo su delicia en los hijos de los hombres"⁴.

No hay libro al cual pedirle una centella para ver más claro ese misterio divino; tal vez perteneció a una edad de oro y nos asoma un recuerdo del paraíso, algo perdido al cual no sabemos ponerle tiempo, porque siempre es génesis y siempre es de oro.

A lo más, el famoso libro de Max Scheler ofrece una afirmación que nos sirve para establecer una fuerte diferencia entre el modo de simpatizar de Dios y el de los simples humanos, cuando dice:

⁴Prov. viii - 31

“La simpatía es, en cualquiera de sus posibles formas, y por principio, ciega para los valores.”

Dios no se arranca los ojos ni necesita de Antígona. El es el que Ve. Lleva la luz del mundo. Simpatiza con todos los seres, porque conoce todos los valores, y en cada criatura contempla su propia perfección, admira un secreto de su gloria, aquella medida de la donación del Cristo, en la cual se encuentra la substancia de nuestro destino, herencia salvadora.

Tal vez no es lo más teologal vivir de las simpatías. Esta práctica tiene una fórmula moderna, o al menos, nacional: Es el “me encanta” o “me carga”. Cuando hay verdadero amor se acaba la simpatía. Porque las situaciones de la convivencia, empezando por el matrimonio, inclinan el alma al sacrificio de la paciencia, al dolor de la compasión, a las diferencias de criterio, a los choques a veces brutales de los temperamentos, los cuales van minando la dulzura de la simpatía y secan sus fuentes emotivas, hasta que se queda el amor a solas, en su definitiva situación creadora, única capaz de donación plena.

Un escritor francés decía que lo predominante en él era la simpatía; ésta venía a ser la señal de sus pasos por el mundo: Gide. Tal vez el trato a los demás le producía armónicos de sí mismo, y éstos le proporcionaban un eco de la esencia de su alma, con el que llenaba sus interiores soledades. Sus palabras muestran una fragilidad, se nos quedan en un juego de armonías humanas sumamente aéreas, como la inspiración mayor de aire que produce dicho sentimiento.

La simpatía, sí, es fina, delicada, tierna, sobre todo cuando se cultiva con las galas de la cortesía y de la gentileza; pero no alcanza a fundar el sentido de una existencia ni de ninguna relación bien puesta. Si da apertura a la comunicación, al trato regocijado, no incuba ethos, y puede apartar el bien y la verdad, como procuran los compadrazgos y amistades del acaso, muchas veces, hijas de los intereses. Hay países tan débiles en su contextura humana, que en elecciones políticas triunfan los simpáticos y no los más capaces o representantes de las ideologías en lucha. En muchos

ambientes y organizaciones se comete pecado de lesa majestad, y el individuo queda con su escalafón caído en los grados del simpatizar: apenas opone ideas, críticas, enjuiciamientos sinceros. Entre nosotros, cualquiera que insista en materias de principios es "un pesado". Romper las fronteras del "más o menos" no es simpático. Todo debe ser "así no más". "¡Qué se le va a hacer!" Las cosas serias como la concentración de un hombre en un estudio, la disciplina de cualquier clase, la continuidad de una tarea, la regulación de los esfuerzos, cierta música, voluminosas obras literarias, incluso la fidelidad consigo mismo o con las propias opiniones, todo eso que sella la hombría, viene a ser pesadez, cuestiones antipáticas.

La simpatía no es una inclinación al ser. Es una burbuja metafísica con la cual se escamotean la esencia de las cosas y la propiedad de toda acción. Si alguna gracia engendra, si alguna categoría nace de ella, tendremos que convenir en que es la tendencia a divinizar al hombre de mentira. Miremos cómo sucede:

La forma más tenebrosa del simpatizar humano, en nuestro tiempo de técnica, es la simpatía industrializada. Es el arte del gran simpático, el que arrebatara todos los cariños y despierta el resplandor de todas las sonrisas; las novias del mundo se estremecen por dentro y por fuera, las madres encuentran al hijo que no tuvieron, las viudas al marido de fantasía que les recuerda al difunto. Y porque sí, por eso: ¡es tan simpático! No pesa. Y como en su interior, él sabe que aquel don es atmosférico, mudable como nube, liviano como aire, para acrecentar su magia personal puede usar un irresistible sistema: perder identidad, disminuirse como un Juan Bautista cualquiera; lo suficiente, sí, para que no le corten la cabeza; de este modo aumenta los dones y las glorias de los demás; así los otros se sentirán maestros y dioses. Si el hombre de gran simpatía tiene reales méritos, ese procedimiento encanta como modestia. Si no los tiene será un prodigio de humildad. En nuestro país es un recurso infalible, porque la blandura psíquica de nación desvalida, "subdesarrollada", sin altos horizontes, reino del más o menos, alcanza consuelo y esperanza si el individuo considerado

notable se pone al nivel común, como si fuera también mediocre o torpe o ignorante.

Todavía hay mejores técnicas. El hombre que hace subir la presión en todos los corazones dirá demasiado que es muy comprensivo. ¡Ah, todo lo comprende! Porque "nihil humanum a me alienum puto". Por lo tanto se identifica con todas las miserias, con todos los vicios; también con las virtudes, a modo de íntima y evocadora nostalgia. Es el colmo del simpatizar humano con todos los seres; semejante amplitud del comprender a los demás es, ni más ni menos, la del santo. Tal sublimidad parece mezclar al hombre viejo y al nuevo. La perfecta humanidad. Cada cual lleva en sí ambos hombres. Lo importante para el santo es que sean personajes en lucha. El gran simpático no piensa de este modo. El lo acepta todo, por su enorme comprensión. Es la armonía de las esferas. Te dirá con lágrimas en los ojos cómo entiende tu falta de dinero, no pondrá reparos en saber con quién te acuestas, y admirará tus preocupaciones culturales.

Hay una manera de saber si semejante simpatía es tan gran potencia de humanidad y filantropía psíquica. Si fuere verdad tanta belleza, los secretos que le cuentas y dice comprenderte quedarían sepultados en el silencio de su alma, y hasta puede que te ayude a solucionar tus inquietudes, conseguírte alquiler, pasarte dinero o consolar tu angustia. Si es mentira, con toda seguridad te pelará.

De este modo la simpatía sobre el haz de la tierra, hace la delicia de los hijos de los hombres.

Como lo ven, lo tratan

Este adagio es un principio vital de mucha gente. Toda esa que mira vitrinas de tiendas por largas horas, hasta que penetra en los locales como el conquistador armado avanza hacia una tierra salvadora. La norma dominante que se practica al pie de la letra es la armonía de los colores: el terno azul invoca corbata azul, y el im-

perativo estético alcanza hasta los calcetines, allí donde el pie naufraga en un zapato necesariamente negro, porque si fuera de los otros, un mocasín café, se produciría el desequilibrio de continentes y mares. Un desvío de color en estas materias puede indigestar una comida, hace desafinar hasta al solista del concierto, y la dama que espera creará sin personalidad a su galán, el cual no podrá ya cenar en la sala correspondiente, y deberá hacerlo en la cocina, único lugar donde ya no tiene vigencia el error cromático, el horrible traspiés, y se deja de ser una oveja negra. Como lo ven, lo tratan.

Hay una contrapartida, utilísima para desvirtuar aquella adorada convención. Es bien conocida: "Las apariencias engañan". Los comerciantes de ropa la ignoran. Ellos, en cambio pronuncian la quinta obra de misericordia: vestir al desnudo.

Se mira con desprecio o escándalo a un individuo mal vestido, ajeno a la moda, limpio, pero sin gusto. Se observa con ira a un indigente vestido de harapos, o con fragmentos de unas ropas que tal vez pertenecieron a la sociedad del como lo ven; pero como no coincidía con el último grito de la sastrería ni con la colección de corbatas de su dueño, fue vendido al mejor precio posible a otro individuo con chaqueta de cuero roída, y éste lo negoció en una población callampa.

Hubo gente que entendió muy bien estos precios y desprecios. Cuando el joven San Francisco de Asís cambió de destino, se desnudó públicamente e hizo devolver el traje elegante a su padre. No quiso deberle a nadie en la nueva vida que emprendía. Además, se anticipaba al pensamiento de los siglos: adivinaba que "el hábito no hace al monje".

Un filósofo de la antigüedad griega fue invitado por un magnate riquísimo. La filosofía despierta grandes apetitos cognoscitivos en aquellos que han logrado una buena situación en el mundo. No es raro que un liberado económicamente, a causa de sus buenos negocios, se aficione por la cultura. Puede cultivar el ocio. No

sorprende que un rico invitase a un filósofo en aquellos días de la antigüedad griega. Pero había grandes diferencias entre los dos hombres. El huésped no alcanzó a serlo. Llegó a palacio sin los atuendos necesarios en el cuerpo. Su túnica apenas podía conservar su nombre. No fue recibido. Al otro día, el que pensaba envió a su anfitrión una hermosa túnica nueva en vez de su persona, para darle la primera lección, porque había escuchado en la radio aquello de "bien vestido, bien recibido", y tenía mucha versación en metafísica.

Después de -todo, no puede negarse que el uso del vestido es algo necesario. No se puede andar desnudo. Ninguna mujer vive en estado de *strip-tease*, ni los varones pueden imitar a las estatuas griegas. Una parte de la lucha por la vida consiste en vestirse. El traje es la primera noticia sobre la existencia de una falla original en la naturaleza humana. Nos ilustra siempre alguno de los siete pecados capitales. El orgullo, la vanidad y la lujuria determinan las modas, antes que el buen gusto o la elegancia. Un terno invariable y lustroso, más que pobreza puede denunciar avaricia. Y las manchas de exquisitas salsas en la solapa cantan las glorias de la gula. Un notorio rasgón acusa la ira como arañazo de mujer en el rostro. Así logramos que el traje deje al hombre desnudo, que lo muestre como es, con todas las vergüenzas del alma a simple vista, y a la luz de la moda. Todos los adagios quedarán inutilizados; ni las apariencias vuelven a engañar; ni menos sucede que como lo vean lo traten, porque al saber de otros lo que muestran sus íntimas prendas, reconocemos nuestra propia desnudez, nos encontramos con nosotros mismos. Entonces no importará caminar con publicanos y pecadores. Si te dicen: "Dime con quien andas y te diré quien eres", tú puedes responder: Voy con la olla, sartén; o mejor, gritarle como el personaje de un viejo cuento de todas las literaturas: ¿Y a mí qué? ¡Tú andas desnudo! —¡Ten cuidado, la suficiencia arruga los pantalones! Otro día hablaremos de un traje invisible, muy usado en las bodas, pero que sirve mucho para defenderse de las inclemencias del alma.

Los mancebos tendrán visiones

Estas palabras, al margen de su origen, dan muchas luces para comprender el espíritu que debe presidir las tareas que engendran relaciones de maestros y discípulos, jefes y seguidores. Todas las expresiones culturales contienen alguna forma de esa relación humana. No siempre se mantienen dentro de la premonición de aquellas palabras. Otros hay capaces de considerar la respuesta del Bautista a los suyos: "Es preciso que El crezca y yo disminuya".

Sin tomar el alcance religioso del juicio favorable a la gente joven, no siempre alumbrada de profecías, en un orden simplemente laico y frente al tiempo que se escurre, podemos decir: nuestras mejores ideas se gastan, nuestros pensamientos envejecen, aparecen nuevas generaciones, y puede suceder que otros vientos traigan nueva semilla, mucho más fecunda, capaz de engendrar una nueva visión de las cosas que nos preocupan y solemos administrar con el abrumador nombre de maestros, jefes, profesores, toda esta especie dirigente, y —según se dice— responsable.

Cuando la divisa opera, es posible que la vecindad generacional facilite el entendimiento con los nuevos. Pero si no, pueden producirse perturbaciones graves. A veces, éstas se manifiestan como luchas de generaciones, y las ciencias de la historia han desarrollado hasta un método de investigación sobre la base de ese fenómeno, para comprender mejor los hechos del pasado o coordinar corrientes literarias. En Chile está de moda.

Es necesario mantenerse dispuesto a recibir a los que vienen con nueva visión. Para resistirla si ella es enemiga de los valores permanentes. Para admitirla y apoyarla si es genuina y progresista. Pero con frecuencia, hay directores, jefes, maestros, quienes creen sufrir la vejación de sus principios al escuchar proposiciones distintas a las sustentadas por ellos. Con un móvil de secreto personalismo llaman rebeldía a lo que en esencia es ansia de perfección, deseo de mejor entendimiento, esfuerzo de superación de la tarea común. No se los contradice ni ataca. Muchas veces no ha existido ninguna actitud ni acción insubordinada. El personalismo

lo interpreta así. Al contrario, se arrojaron los lazos para coger un buen acuerdo, se habló claro. Y sucede que los designios inescrutables de la dignidad humana del personalista, herido en su infalibilidad de viejos laureles, llegan a crear un abismo de distancias, y establecen al fin la independencia de unos y otros, con renunciaciones, abandonos y pelambres. Algunos estimarán desgraciados estos desenlaces de las luchas generacionales. Otros, liberadores. El tiempo y los frutos dan la respuesta. Las obras, no las instituciones o los sistemas, o los provincianismos.

En medio de estos problemas, hay que buscar un signo: uno revelador de la validez de las visiones juveniles. Es la pureza, la autenticidad de los gestos, actitudes, palabras y silencios. Si no aparece, se trata de un nuevo mundo de pícaros y vivos. Si está patente deberán pensarse de nuevo las cosas, y sufrir en silencio los apartamientos, las penosas separaciones, las renunciaciones, a la espera de las consecuencias. "Por sus frutos los conoceréis". No hay otra norma³. La primera ceguera que impide iluminar con nueva visión el conocimiento o la vida es el personalismo. La segunda ceguera es el paternalismo, de parte de los mayores. Cuando suena mucho el nombre de un individuo, no hay que esperar demasiadas luces. El joven o el viejo que se ponen por delante son una sombra a la verdad. Los mancebos tendrán visiones, siempre que no haya que contemplarlas en sus rostros. Los mayores serán comprensivos cuando no quieran administrar el saber como parcela o industria comercial. Si los iluminados no aceptan crítica, pronto quedarán como fuegos fatuos. Y la autenticidad, ese signo sagrado de las mejores intenciones, será guía legítima de los hombres de buena voluntad, si llega a identificarse con el amor a una ética. Buscar lo auténtico por lo auténtico es un mero romanticismo. Acaba en la propia adoración y puede conducir al crimen. Todo apetito, todo odio, la crueldad más perversa, la locura más desatada llevan una partida genuina. La trampa de aquel signo consiste en tomar la vida por el espíritu. Entonces será el hoyo por

donde se cae a la fosa común. Y cada generación tiene a su haber algún grado de ese error, con el cual se ha formado la historia.

El avance de la edad, que en mucha gente opera como un proceso de congelación, enfría "los entusiasmos generosos" y "las resoluciones inquebrantables". Los árboles crecen y las raíces se hunden en la tierra; si un hombre quiere vivir como pino o trébol, no hablará más de lo auténtico: a lo mejor habla de lo telúrico, sin darse cuenta que está justificando el estilo vegetal de su vida; no le pide a nadie legitimidad, ni a las instituciones ni a los demás hombres. El aceptar siempre lo mezclado será su criterio humano. Pero entonces uno sabe para siempre cuál es la verdadera juventud que puede tener visiones, más allá de las edades y generaciones.

No saber donde se está parado

Una vez, en un discurso solemne, de esos escolares, se escuchaban las palabras de rigor: "el mundo sigue su marcha", y naturalmente, "por las sendas del progreso"; no faltaron las optimistas alusiones a "los hombres del mañana". De pronto, un estudiante, súbitamente irritado, alzó la voz, interrumpiendo a la autoridad perorante, y dijo: ¡Pero adónde vamos, señor!

Pasada la expectación y los desdenes correspondientes, unos le llamaron colérico, otros, mal educado y grosero; pero muchos de sus compañeros dijeron: "éste no sabe donde está parado". Ellos se encontraban completamente seguros sobre sus plantas, conocían el terreno que pisaban, tenían los pies en la tierra, en particular, porque aprendieron a caminar despacito por las piedras y siempre con pies de plomo. A cada persona que trataban, le respondían: Ha sido un placer verte, mientras después sus esposas declaraban, al término de sus reuniones femeninas: —Rico tu té, linda.

Mientras, el desventurado interruptor del discurso académico se

dejaba crecer la barba; ellos cuidaban mucho de no tener pelo de tonto, ni mucho menos, en la lengua, a pesar de que el que calla, otorga. Así pudieron vivir con todo el mundo a partir de una yegua muerta, sin encontrar nunca un pelo en la sopa, con la conciencia en paz, seguros de que más vale pájaro en la mano que cien volando, ya se trate de invitaciones a comer con menú de ave o de otros asuntos que se nos escapan.

El impertinente —dicen— ahora es poeta; esto equivale para sus compañeros a desgraciado. No ha estudiado profesión liberal ni gana dinero. El único fruto de su vida escolar es esta conclusión modesta: lo barato cuesta caro. Por eso él quiere tener un precio inaccesible, a fin de no poder venderse nunca; sólo daría su alma entera si un día encontrara ese tesoro desconocido, ese aguijón diario, conservado desde la adolescencia, cuando escuchó los primeros discos de Juan Sebastián y leyó aquellos poemas.

Es el mismo torcedor interno que le provocó el exabrupto recordado por sus compañeros, cuando él sentía aquellas palabras completamente ficticias, ajenas, mentirosas. Todavía no se ha corrompido su naturaleza con la búsqueda de conveniencias y ninguna suerte de intereses; tampoco se ha sometido a nadie ni a ningún ambiente capaz de favorecerle con una buena posición y un respetable matrimonio.

A veces se aflige. Quizás ellos tengan toda la razón. El no sabe donde está parado. Parece desorientarse, se siente perdido e inútil, salvo cuando empieza a escribir unas palabras dentro de un ritmo, palpitantes, luminosas; dicen lo que él no comprende, pero le dejan un presentimiento de algo intransferible, por sobre las contingencias de esta vida, pero contenido en ella misma, distinto a las ilusiones perseguidas por la mayoría, un enigma que le alimenta y tiene esperanza, tan cierto como la claridad de la noche. Entonces, verdaderamente sabe dónde está: de pie sobre el universo.

Será muy desolado, sin brillos exteriores, sin prestigios en el medio. El dolor y la impotencia acumulada le revelarán un día el verdadero sentido de la existencia y la fuerza fecunda de su

alma. Llegará a las profundidades. Desde allí verá "todas las generaciones a igual distancia de lo eterno". Y el cacareado progreso "será —desde el fondo de la historia— todo lo vertical que se quiera, pero en realidad sin apoyo en nada".

Con la sencillez de su alma irá descubriendo la intimidad de cada cosa. Con su ánimo humilde, el amor y la compasión verdadera por los otros. Para este hombre de buena voluntad anunciaron los ángeles al Salvador del mundo. Cuando la Grandeza pase a su lado, él la reconocerá.

II

Vicios de la nacionalidad

Civismo nacional

Esta cualidad es un prestigio nuestro en el extranjero. Nos representa en otros países como pueblo de tradición, estructura y orden. Ciertamente, Chile tiene una sensatez especial: nunca llega a un abismo. Con paciencia inenarrable, un gobierno sigue a otro; las elecciones siempre gozaron de tranquilidad. Los ciudadanos forman largas colas para votar por sus candidatos, y no se deshacen aunque tiemble. Afuera no saben nada de otras colas, con toda suerte de atropellos para obtener una entrada a un espectáculo de arte o de fútbol. Allí la niña buenamoza obtiene siempre su taquilla. Tampoco saben del sistema de piño practicado para alcanzar los vehículos de la movilización colectiva. Pero no pasa nada. El civismo no se altera por eso.

Alejémonos de la tranquila y democrática elección. Sigamos según pasan los días. Veamos el civismo: Avanzan legiones de individuos tímidos, inmaduros, sin carácter, espantadizos y apáticos; sonríen antes de hablar, musitando algo con voces suaves, cadenciosas, donde el poderoso idioma castellano pierde todos sus finales de palabra y se modula con dulzura de tonos agudos; "se corren" para no molestarse ni molestar; el estímulo de la voluntad, el virtuosismo de la imaginación, la energía vivaz del trabajo, la fe

en algo por qué vivir no han pasado por sus mentes; se sienten ajenos a todo auxilio, con sistemas de previsión que no les sirven para nada, sino para recibir malos tratos y engorros de tramitación nunca debidamente explicados. Viven deficientes, mal pagados, bebedores, sin gusto a nada. Tanta pereza, dejadez, sin deseo de progreso, sin intereses superiores al individuo, fuera del fútbol, significa que algo ha muerto en Chile; estamos con el vigor desvanecido, cierta savia no circula de la raíz al árbol y no se la compra con dinero ni se alcanza con reajustes. Ese poder, ese fundamento, esa potencia nutricia es el alma de la nación. No se la recupera toda al resolverse los problemas del capital y el trabajo. Es una historia humana más completa que la economía. Los políticos nunca la enseñaron. La conciencia del alma nacional fue arrasada por los traficantes de elecciones:

Ellos convirtieron los principios creadores de la religión, del patriotismo y de la democracia en sanguijuelas de sus oportunismos. Tanto fue el cántaro al agua que ahora ningún ciudadano honrado les cree. La gente no tiene espíritu para elevar el alma. Carece de principios universales o nacionales para vivir; se ve brutalmente lanzada a una sola realidad: defenderse de todo el mundo para alcanzar a existir, para comer, dormir, cohabitar, sin más aspiraciones que ésas; las bestias pueden cumplirlas más libremente.

La lucha por la vida es el principio animal dejado al pueblo; así lo abandonan siempre los agoreros de la política, los profetas del pan, de la cultura, del techo y del abrigo, en una sucesión de gobiernos nunca avizores para comprender cuán previa era la tarea de intensificar la educación, tarea preferente del estado, lema de presidentes, realidad siniestra en su miseria y descuido. No hablemos de su insuficiencia, de sus matrículas, de los horarios aniquilantes de los profesores, menos aún de las juventudes despreciadoras de la enseñanza, en nombre del prestigio social y del dinero.

Los políticos son los primeros responsables del oscurecimiento del alma nacional. Cuando la conciencia de lo que somos y de la razón de ser un país se incorpora en el corazón de los hombres

sencillos, se desata una esperanza auténtica, y el trabajo empieza a multiplicarse, con orgullo y por la honra de pertenecer a un conglomerado con sentido, dentro del cual cada individuo se descubre como necesario y útil, por encima de la ley animal de vivir para existir apenas. Se agota por fin ese sabor desabrido, provinciano, de los hombres que nunca supieron cuál era el norte de la brújula ni la dirección de una flecha, para quienes la palabra Chile es un acaso, nunca un destino.

En vano se les puede anunciar una campaña de austeridad, de sacrificios; el desamparado, el mal pagado, el diariamente explotado en el campo, en la fábrica o en la oficina elegante no sabe por qué debe apretarse más el cinturón, si contempla diferencias atroces, ventajas increíbles de los poderosos y allegados a las clases dirigentes; si hasta las huelgas han llegado a ser negocios de los empresarios. Quien puede aprenderla, tal vez a la hora de la cama caliente, escuchando el programa de la austeridad en un transistor pequeño, o cuando la mujer va a lavar la ropa ajena y deja los hijos en la calle, pidiendo "un pesito", o cuando ella se encuentra con que volvió a subir el precio de algo, a pesar de los anuncios formidables: la inflación ha sido detenida. Los comerciantes decidieron no ganar más tanto dinero. A los pobres hay que tenerlos muy presentes, lo manda el Evangelio; ellos son las fuerzas vivas de la nación, por eso que sigan dando vueltas más rápidas alrededor de la noria. Este pueblo tiene un gran sentido cívico. Hasta sus huelgas son pacíficas y se desarrollan con tranquilidad ciudadana.

Mientras no desaparezcan los criterios rancios en las directivas gubernamentales, que no se entienden ya con la hora viviente del mundo, unidos al pasado no en lo permanente sino en lo accidental, manteniendo férreamente privilegios sociales y mundos cerrados; mientras no sea puesta la democracia en pie de guerra y a toda máquina, no despertará la bella durmiente, no habrá alma ni conciencia de nación. Sólo entonces vendrá trabajo animoso y alegría de vivir por algo común y a la vez propio. Sólo entonces se podrá hablar de Dios, y de un destino superior a la existencia. Sólo entonces habrá derecho divino a predicar, con

toda tranquilidad interior, sin estarle haciendo el juego a ningún partido, ni a ninguna clase social, con la certeza de no estar traicionando al pobre en nombre de Jesucristo y su Iglesia.

Poco tiempo en Chile

Así se dice a veces. Palpita un acento de socarronería y astucia ladina en la típica frase. Es una vara golpeada en la cabeza del interlocutor para medirlo. No deja de recordar el gesto del índice girando en espiral sobre la sien.

Se le dice al individuo mal entendedor de las cosas prácticas. Nunca por razones de letras o altas filosofías. No. Sirve para burlar una falta del sentido de las proporciones, las ingenuidades, y en especial la escasa sutileza psíquica para ubicarse: no captar un ambiente, el subentendido de la charla, los hechos sucedidos del contorno, las maromas ocultas del proceder de un prójimo sobre el cual se habla.

Hagamos una traslación. Un francés le dice a otro connacional: poco tiempo en Francia. Esto no tiene ningún sentido. Ni alcanza a representar una exaltación patriótica. Le falta la malicia criolla, cuando entre nosotros se zampa la sentencia. Bien podría implicar un desprecio a la rectitud del otro, inhábil por inocencia a no acertar el doble sentido. Si bien es un golpe de humor, nace del amor desmedido a la bisemia de los conceptos o de las intenciones. Nosotros hablamos con muchos supuestos y sobreentendidos, y el que "no las para" tiene poco tiempo en Chile.

No siempre hay torpeza de entendimiento o escaso roce con las circunstancias vitales en el "poco chileno"; a éste puede ocurrirle la costumbre de pensar siempre en una sola línea y no en dos o tres a la vez, de tal modo que se le escapan las entrelíneas, e ignora esos equilibristos y oscilaciones del sentido, muchas veces meros versallismos para no caer mal o no herir a nadie.

Muchos connacionales se ríen de algún extranjero, porque éste les cree literalmente todas sus palabras, cuando a lo mejor se lo "estaban pitando". El arte de tomar el pelo es parte principal de la sabiduría geográfica. Si el burlado no reacciona haciendo el juego, es como un extranjero, un recién nacido o un nonato. Poco tiempo en el país. Al contestar en la misma forma dicharachera, con vagas alusiones a no se sabe qué, con sospechas picarescas sobre posibles intimidaciones lícitas o ilícitas del "tallero", sacas inmediatamente carta de ciudadanía. Y adquirirás un especial título de "muy hombre" si en vez de jugar al floreo verbal, superas las palabras humanas y disparas un par de groserías chilenas: ¡Cómo nos gustan! Producen satisfacciones alborozadas en todas las regiones del alma. La obscenidad en el habla es una de nuestras noblezas y el signo del espíritu democrático. Desgraciadamente, la jerga del caso es muy limitada en sus vocablos, no pasan de cuatro o cinco los términos al uso, con una resonancia de mil matices y sugerencias. Desde presidentes de la república —algunos famosos por sus "garabatos"— hasta el último estibador de la aduana las pronuncian. Por la grosería cultivamos en Chile la más perfecta igualdad. Cuando suena, se produce de inmediato un entendimiento fraterno, "humano", sin diferencias de clase. Nace la amistad, aumenta la simpatía. Y sirve para exaltar el patriotismo en la unidad coprolálica.

Ese primitivismo social tiene un gesto supremo: la palma de la mano ahuecada y los dedos englobados representan definitivamente que llevamos mucho tiempo en Chile.

Nadie te discutirá pertenecer a la patria si sabes hablar de tal modo que el don de lenguas quede corto, en la medida en que todos los oyentes entendieron lo conveniente a cada cual. Tampoco si en el restaurante sólo sabes pedir "bisteque a lo pobre" y vino "de la casa". Cualquier exceso de imaginación culinaria te vuelve exótico. No tengas refinamientos artísticos, porque serás "un raro". No leas libros escogidos por ti, ajenos a las modas; te dirán "farsante". Ni demasiado franco, ni discutiador, ni expositor de ideas, ni demasiadas opiniones que no sean más de dos.

Las legibles en los semanarios. Y como siempre bisteque con huevo. Si todo eso haces, mantendrás tu carnet al día, no te expulsarán del territorio.

En verdad, la seriedad de las cosas, la dignidad humana, la sinceridad entre los hombres, el respeto por la intimidad ajena, la contención ante los valores inmarcesibles, todas estas virtudes: tienen poco tiempo en Chile.

El "más o menos"

He aquí el "sintagma" perfecto, el que nos revela y desnuda. No hay filólogo que se lo pueda. Sus poderes de frase adverbial estallan a cada rato con ruido de idiosincrasia. El "más o menos" pariente carnal del "así no más", habita en los cuartos en serie de "la cuestión", "la cosa" y "la payasaa". Mientras deambula de boca en boca es enemigo declarado del sí, sí, no, no, evangélico y deja "un vacío difícil de llenar": la carencia de un alma nacional bien definida.

Preguntemos algo y ya el sintagma funciona como tijera, recortando todos los contornos de una respuesta precisa, clara o determinante. La comunicación no se malogra, gracias a ciertas percepciones telepáticas, vivientes en cada connacional; por esa rara virtud se recogen las ondas del cerebro mucho antes que el oído las sonoras, y nos quedamos muy enterados. —¿Te gustó la película? —Más o menos. No puede darse contestación más elíptica. No alcanza a crítica, aunque es más significativa que las de los semanarios; en éstos los juicios se reemplazan por notas de liceo. Captamos algunas impresiones por aquella vía metafísica: la cinta es "una lata", no por endurecimiento del celuloide; engendra aburrimiento.

Mientras oímos al prójimo expandirse a través de sus débiles articulaciones de "fonemas", las palabras nos dejan una imponderable ausencia de la persona. Huimos en pos de más grandeza, consistente, veraz y continua, pero en todos los caminos la tele-

grafía del más o menos transmite su mensaje de nacionalidad amputada, de hombres al azar, llevados por el viento; no son ya los que arrastran el poncho o le echan con l'olla; nunca se pasan de la raya, ni de listos; tal vez porque debe ser muy cierto que no tienen pito que tocar en el concierto llamado nación, convivencia social, relaciones públicas o privadas, en las cuales es prudente no pasarse de castaño a oscuro. Y en vez del firmísimo "vamos tirando" de los españoles, tenemos el "porsiaca", "que se le va a hacer", "qué quiere que le haga", "a veces pasa así, pues".

Al fin, la vida que les toca llevar es a duras penas, "más o menos". Una cruz de miseria y una raya de indiferencia social. Siempre contemplan el mismo espectáculo: el asalto de los vivos, de los arribistas y especuladores; ven adinerados en menos de lo que canta un gallo; escuchan políticos prometedores, éstos que ponen parches sobre las heridas del pueblo con bonificaciones, moderados aumentos de salario, mientras ellos sí alzan sus emolumentos, no más o menos: decididamente bien.

Mientras el hombre cotidiano entrega sus últimas reservas de grasa, no le pidamos todavía que cubra otro vacío de su más o menos: la carencia total de algún sentido de perfección en las cosas. Aquella sinfonía de Brahms estaba desafinada y los violines se perdieron en el segundo movimiento. La mesa encargada al "maestro" carpintero quedó chueca, con una pata definitivamente más corta. Al estreno teatral le faltaron ensayos. Y al poco tiempo se echaron a perder las instalaciones de todos los servicios, porque los trabajos estaban hechos "al lote". Y no vayas a pedir en el restaurante, la tienda o el emporio distinción de calidades, porque no saben nunca lo que venden, y los empleados atienden como zombíes.

De este modo los quehaceres más diversos, los oficios y también las profesiones llamadas liberales padecen la ley del más o menos. ¡Qué se le va a hacer! ¡No tenemos miles de años de tradición co-

mo en Europa! Todo se ha ido armando solo. A la "brutanteque". Los conocimientos y las técnicas no alcanzan a tener la propiedad específica. La escasez de medios impide las realizaciones adecuadas. Y al fin, ¡qué importa si me pasan gato por liebre! ¡Da lo mismo!

Contra esas limitaciones afrentosas, pretextos de la pereza, enemigos de las malas ganas, se está levantando gente nueva que no acepta la patria así no más, ni le lleva a nadie las de abajo, porque buscan las fuerzas de arriba, las de la personalidad e independencia bien definidas, conscientes de la calidad y perfección de cada cosa. Esta nueva ola de gente joven está apareciendo en el país para acabar con el enervante más o menos. Los hemos visto surgir en diversas actividades: de las letras, del teatro, de la universidad; en plástica, arquitectura, música e ingeniería. Quisiéramos saber si surgen en otros ambientes. En la política, por caso, donde las combinaciones de ajedrez sean reemplazadas por luces de estadistas, y así pueda revelarse un diputado dispuesto a resolver un problema nacional, porque es necesario y no lo canjeará por intereses partidistas. O en la industria, alguien capaz de modificar el giro de su comercio para que todos los empleados y obreros puedan vivir decentemente.

Esos chilenos novísimos se describen así: distinguen a primera vista lo auténtico de lo falso, lo genuino de lo mezclado. No ocultan los problemas. En vez de echarles tierra, los denuncian. Definen sus opiniones con discurso largo, sin elipsis ni anfibologías. Aman las funciones que desempeñan y dominan sus oficios con conocimientos y continuo estudio. Abominan de la tradicional impureza llamada "macuquería" y del espíritu de improvisación. Se ríen de los mitos nacionales en organizaciones y personas. Su medida de las cosas es siempre universal, sin ilusiones nacionalistas, pero con conciencia de trabajo, ajenos al jolgorio permanente, y avanzan dotados de un sentido crítico riguroso, nunca terco, ex-

puesto a la revisión, animado de libertad plena. Ni la suficiencia ni la publicidad son su reino. He aquí los cuatro puntos cardinales que orientan sus obras y palabras: La honradez con ellos mismos, la catarsis del conocimiento, el respeto por la intimidad ajena y una comprensión de los valores en relación con el espíritu humano.

De ellos profetizó Gabriela Mistral cuando definió la patria diciendo: Chile o la voluntad de ser.

Los caracteres

Los directores

Son hombres como todos los de este mundo, pero poseen un miembro más que el resto de sus congéneres: el escritorio. Amplio, largo, elegante. El templo de ellos es la oficina, el culto allí practicado se llama tramitación. Se distinguen por un lenguaje propio, de consecuencias kafkianas: —“Venga usted el próximo jueves”. —“Me ocuparé personalmente del asunto”. —“Le agradezco sinceramente que me lo haya dicho”. —“¿Cuál es el punto de vista?”.

Se los encuentra en todas las actividades humanas, del comercio, de la industria y banca; en las más increíbles instituciones, de artes, ciencias, toda cultura. Donde nace algún quehacer se planta un director como árbol o estatua, para que sea lo que debe ser: el que dirige, aquel de quien depende la buena marcha, el progreso, el armonioso concierto de voluntades y trabajos. El principio que los rige es naturalmente el de autoridad. En unos cultivado por las dotes del cerebro, órgano más importante en estos casos; en otros, cultivado por el peso del escritorio, desde donde administran los destinos a ellos confiados.

Sucede a veces que tan encumbrados cargos recaen en personas aptas, ad hoc, como se dice, pero es la excepción en el mundo y, ya se sabe, ella confirma la regla. En la mayoría de los casos, ésta representa el juego de intereses de ideologías, grupos, familias acaudaladas, creencias, sectas, clanes, a los cuales el director debe hacer triunfar siempre, para dejar más y más alejada de toda realidad su

tarea y el desarrollo de la institución. Entonces los directores operan como dibujos animados, como autómatas movidos por secretas políticas o con personalismos dictatoriales, mantenidos por altísimos poderes, nunca derrocados por una huelga, porque el estómago de los subordinados y el de los hijos de los subordinados, reciben alimento regular cada cuatro horas, gracias a la voluntad del director, que mantiene siempre en su puesto al empleado; éste por su gracia come y hace comer; nunca el jefe es el perro del hortelano, siempre será una providencia encarnada detrás del escritorio, ese campo pulido, donde suenan conversaciones del más académico estilo, con caballeros allí reunidos, cada uno aposentado en amplio sillón de cuero; se tratan de usted, aunque después se traguen juntos botellas de whisky importado, en lugares con grandes espejos de marco dorado.

El más perturbador problema por considerar sobre la existencia de esta especie humana es la completa desconexión entre el director y sus dirigidos; entre ese magnate de empresa y la naturaleza de los asuntos que debe tratar y tener muy en claro. Porque suele ocurrir una desgraciada desviación del punto de mira directriz: ellos nunca llegan a enterarse del ser mismo de las cosas, en su salsa; no siempre porque carezcan de información, inteligencia o vuelo imaginativo. No. A causa de la versión *ad usum directorem* procurada por los aláteres de cada tema, de cada situación, hasta de una estadística. Nunca se permiten decir aquello de pan pan, vino vino; no venga a ocurrir, de tanto nombrarlos, quedarse sin ellos. Y después de todo es la autoridad, el jefe, el mandamás, el paleteado, de quien dependen, como si el individuo no fuese persona, un ser autónomo, libre, expuesto a la gracia de Dios y al sol universal, antes que a los hombres directrices; se los reverencia como al Estado, igual a si estuviésemos en los días de Fernando Séptimo.

Ellos conciben los asuntos y proyectos de acuerdo con teorías, planificaciones, y toda suerte de argucias mentales o comerciales; todo esto, nada tiene que ver con el realismo humano de las tareas por desarrollar o mantener. El supuesto bien de las empresas pone siempre en olvido la vida de los que colaboran en ella. Y así suceden los desastres, las inoperancias, el vuelo mediocre de las

instituciones, la voracidad de los astutos y zalameros. Se vienen al suelo las mejores iniciativas: nunca se acogió al valioso, todo se mide por el cartabón más ajeno a la necesidad o a la eficacia.

Y para colmo, al desaparecer de la vista, el jefe, al término de la jornada, las bocas subordinadas se agitan tenebrosas: no queda una partícula sana del director; las fauces críticas lo devoran íntegro, hasta con escritorio. Nadie se acordó de algún bien recibido. La más leve dignidad humana se tornó calamar en su tinta.

Un día no habrá más directores en el mundo. Cuando todos los que tienen que ver en una tarea común dejen de adorar o temblar ante ellos. Un espíritu sanamente comunitario reemplazará a los personalismos, las adulaciones, la mentira armada y cortesana. Cuando todos se traten como hermanos de un mismo planeta e idéntica especie. Será la edad de los hombres sin pelo en la lengua: la sinceridad existirá como única forma de relación humana. No habrá pecado de lesa majestad si se trata de defender la verdad o la vida.

No veremos más a esos amigos que un tiempo eran excelentes compañeros, podían reírse, comentar con humor, sin ningún mal ánimo; pero fueron elevados de rango, pasaron a formar parte de la plana dirigente. Entonces ya no te saludan con la misma lozanía de antes, y si te conversan, porque los encontraste a boca de jarro, escúchalos: lo malo te lo pintan mucho mejor; lo regular, excelente; si mentas errores te oponen el esfuerzo, innegable; y tus ansias más nobles de bien y perfección de las cosas corresponden justamente con las altas intenciones de las autoridades, con sus planes e ideas. Si eres ingenuo quedarás con un palmo de narices, sintiéndote injusto. Si no lo eres tanto, comprenderás tu parte en el empedrado del infierno.

Hoy por hoy, los directores están empeñados en mejorar el mundo, hacer más bella la vida, aumentar la producción, desparramar la cultura por el pueblo, antes que los comunistas acaben con el sistema de las camas calientes; hasta les facilitan asistencia de sacerdotes, siempre que éstos hablen de amor y respeto a las autoridades, y no de justicia. Tú los miras, los oyes, esperas, sigues esperando y aquí no ha pasado nada; bajó el precio en el mercado, hay la nece-

saría defensa de los capitales: se suspende la gratificación. Tomas tu Biblia como si tratase de "Las Últimas Noticias", y puedes reírte con San Pedro y San Pablo, a carcajadas. Allí no hay promesas de directores ni peras del olmo. Viene un mundo nuevo. El Reino de Dios está cerca. Triunfarán los lirios del campo y las aves del cielo. Todo el cosmos va a ser una sola alegría. En la parte más negra del espacio se está desarrollando una batalla entre dos ejércitos infinitamente aéreos: los de Miguel y el Príncipe de este mundo. Sabes quién va a ganar, aunque el cable esté ocultando la noticia. Y al cerrar el Libro, alerta con su última palabra: "¡He aquí que vengo pronto!".

Los ajedrecistas

Cuentan de un Presidente de la República chilena que pedía a su edecán no ser interrumpido por nada del mundo. Se encerraba en su escritorio, pasaban las horas, esperaban los Ministros y toda suerte de personalidades, papeles, firmas, recomendaciones.

Lo que sucedía era grave: Su Excelencia jugaba ajedrez. Así se han subdesarrollado los países.

El anecdotario de la deshumanización lúdica es muy antiguo. Una leyenda vietnamita muestra al Rey de los Cielos entregando las cascadas, los ríos y los lagos a Doña Sequía, quien de ese modo consigue en parte la aniquilación de la vida. Ella obtuvo esas fuentes de agua, gracias a una serie de apuestas, frente a un tablero que era la gran debilidad de Onsey, el dueño de los cielos. Ella le dio mate varias veces seguidas.

El ajedrez es un vicio como cualquiera de los otros que afectan a la carne o al bolsillo. Pero es más probable que sea peor que todos ellos juntos. No produce ganancias ni pérdidas como el naipe o la ruleta. Nunca va a envilecer con la miseria o colmará de gloria con un enriquecimiento inesperado. Tampoco engendra goces estridentes: no acelera la respiración ni el torrente de la sangre. Ningún ajedrecista muere de taquicardia o de espasmos de placer. Nunca se desmaya de puro gusto. Sus alegrías parecen ser espirituales,

pertenece a las altas esferas de la contemplación y viven en el reino del silencio, apenas alterado por unos roces suaves de figuras que —raras veces— logran moverse en el tablero o son retiradas de esos cuadros, después de sumas de horas.

Decididamente, este juego tiene el regocijo de la inteligencia pura, se codea con todas las elevadas disciplinas del pensamiento, en particular las que nunca tocan la realidad, como las formas lógicas y matemáticas. Los desplazamientos que la mano del jugador opera sobre el tablero no logran el ritmo ameno de lo lúdico; tampoco alcanzará alguna noticia de la substancia de las cosas, porque al fin, un acto ajedrecístico se devana en entelequias semejantes a las del segundo grado de abstracción.

La soledad es muy privativa de este juego. Por eso aparenta una superioridad trapense. Y esto sucede a causa de una ilusión mayor: el jugador de ajedrez se siente análogo a todas las funciones y dignidades humanas. Es emperador en una batalla que cambia el curso de la historia. Es ingeniero, rico de previsión sobre una superficie que construye y modifica, y cuyos dominios adivina, calcula y predispone. No. No. Es mera imaginación. Esas batallas carecen de contenido histórico. Y lo más terrible: las fórmulas descubiertas en una partida no siempre sirven para otra; luego nada se construye. Aquellas anticipaciones, manejadas en la cabeza con la sutileza de un altísimo político, no conducirán sino a aumentar el hastío de los que puedan mirar sin saber la clave; el observador se sentirá desorientado al comprobar un continuo y lento establecimiento de relaciones entre figuras, sin la pureza de la geometría, desprendidas de un artificio convencional que nunca alcanza a tocar con sus jerarquías monárquicas, con sus divisiones sociales, su milicia y su peonaje, un orden universal como el de los triángulos, cuadrados y cosenos. No hacen lengua suficiente para la comunicación. Con fórmulas ajedrecistas no podríamos comunicarnos con los habitantes de otros planetas.

La pasión del jugador de ajedrez lo lleva a especializarse como un hombre de ciencia: acopia bibliografía increíble, en varias lenguas, se suscribe a las revistas sobre el tema, vive pendiente de to-

dos los torneos, como un futbolista cualquiera, salvo que él mira esas competencias, más bien como congresos intelectuales. Si no los hay, organiza torneos familiares en su ambiente.

Cuando está solo sigue jugando ajedrez, mueve sus piezas y las del contrincante imaginario. Para reposar en casa practica alguna partida famosa o una nueva apertura. En los tiempos libres, durante una tarde de feriado, convierte todas las mesas de su hogar en tableros cuadriculados. Enseña el juego a todos los miembros de su casa, y reemplaza por el ajedrez el rosario familiar. Si recibe un amigo, lo insta a probarse en una partida, y si éste cede a la rogativa o a la incitación intensa, corajuda, se condena a no poder charlar en toda la noche, sumido en una televisión sin imágenes ni sonido, a lo largo de los sucesivos desquites.

Mientras pasan las horas, los astros en el cielo no tienen tableros donde detenerse; siguen su curso, avanzan su misión, y ¡tras!, un simple peón se comió a una reina. Siguen rodando las esferas celestes, duermen los hombres, vuelan los ángeles, pasan al nuevo día, el peón va a poner en jaque al rey, pero en este momento va a declararse una huelga total, porque ni los obreros ni la clase media alcanzan a vivir decentemente en tu país; y todas las mujeres decidieron no comprar más ningún producto para que no suba el precio de todas las cosas ni la especulación de los comerciantes, a su vez explotados por industriales y terratenientes. Luego van a quemar los automóviles de lujo; en todos los bancos hay ametralladoras. Aumenta la miseria y la tristeza. Millones de hombres no alcanzan a comer una vez al día. Millones de niños se mueren y otros millones no tienen escuelas ni para deletrear una sílaba. ¡Mate al Rey! ¡Mate al Rey! Te felicito, pero espera, se declaró la Tercera Guerra Mundial. Has ganado la partida.

Las chifladas

Su primera enajenación es ésta: no quieren tener hijos. Y si les sucede, se debió al olvido de la farmacia de turno.

El arte de la cocina, la costura, la atención al marido, ese mundo de botones, camisas y planchados les abruman como desgracias. Sus salones siempre están desordenados, y si miramos más adentro de la casa, nos parecerá bajar de nivel social, salvo que tengan hacendosas empleadas.

Estas hembras antimujeres viven sintiéndose artísticamente frustradas, cuando no se entregan a ser poetisas. En este caso sus poemas nunca tendrán verdadera tensión dramática; no habrá allí versos de un sentido superior al individuo mismo. Por caso, no cantarán nunca el misterio de la maternidad, que puede alcanzar una hondura cósmica, y revelar una de las grandezas de lo femenino. No. Lo que más suena en sus versos son las ganas de más hombre.

Otras escriben relatos, cortos o largos, generalmente siúticos, pocas veces bien escritos. El afán publicitario las atormenta, empiezan a aparecer en los magazines dominicales de los diarios; sus amistades y relaciones agotan la edición, gracias a los llamados telefónicos de la autora. Hasta que por fin publican el primer libro, y darían la vida y todas las cosas de la vida por un artículo de crítica en los diarios. Si son hermosas, el éxito literario está asegurado.

Las que fueron actrices o quieren serlo, luchan con el marido para entregarse a las tablas. Lo consiguen, mientras el gentil esposo pueda soportar que a su mujer se la toquen, besen y acaricien ante el público, en el nombre del arte y con la frialdad de un oficio. No serán geniales en sus actuaciones; si discretas, a lo más tendrán cierta majadera presencia de la artista en cada uno de los peles.

Todas van y vienen para respirar el aire superior, la atmósfera intelectual de los escritores y poetas, tan rotundamente negada por la vida doméstica.

No faltan las que se ponen a estudiar literatura en las universidades, y se entusiasman por más de algún profesor destacado por razones ajenas a la cátedra. Sobrepasan a las compañeras, por la natural mayor edad, pero si todo lo asimilan de los libros, no les mana una idea original o el desarrollo de alguna germinada en clase. Sus emociones cubrirán todo rigor de concepto. Sus admiraciones

alzarán toda la gama de valores: nadie quedará sin ser genial ni habrá página que no sea maravillosa. Todos los vientos de la moda las arrebatan; al fin es igual en ellas celebrar y disfrutar de la novela *dernier cri* como del nuevo estilo de sombrero, concebido en París. Son las nuevas arpas eólicas que nunca pierden el roce de cualquier brisa.

Casi todas se equivocaron de marido al casarse. O nunca supieron lo que hacían. Al fin el soma y la fisiología de la vida les determinó el matrimonio, que ellas mirarán siempre como una institución asfixiadora del amor. Este, en sus cabezas, debe contener un señuelo de clandestinidad o una situación imposible. La pasión es más importante que el bien o la verdad. La belleza, el único camino del amor; pero la belleza que engendra deseo. Nunca la belleza que inspire destino, ansias de donación hasta el más extremado sacrificio. En medio de este baile, la poesía, la música, todas las artes, el cuadro total de la señora cultura les será una celestina riquísima y una trampa en la que cogen ratones eróticos.

Los arrogantes

“Otros hay que miran con ojos altivos, con párpados levantados en alto”⁵. Son una especie humana estridente, cuyo rumor no contribuye a la armonía del universo. Si saludan al prójimo, lo hacen con un gesto de conceder favores o con un palmoteo protector. En el transcurso del día dan opiniones numerosas sobre este mundo y el otro. Es una buena costumbre. Es señal de inteligencia. Pero conlleva un mal: ellos opinan con seguridad absoluta sobre todas las especialidades. Nunca se equivocan ni reconocen un error. Han identificado la verdad con el propio pensamiento. En sus abundantes expediciones de juicios, se les asoma, a veces, una rara alma de apóstatas; por ejemplo, despotricar contra otros seres que usan

⁵Proverbios xxx, 13

chuletas, sandalias o barbas, cuando ellos mismos rindieron tributo a esas debilidades de sus años juveniles. Es todo un símbolo del alma perdonavidas.

En una reunión social tratan de acaparar la mayor atención posible, mediante iniciativas agudas sobre el resto de los invitados. Una frialdad interna les hace olvidar esa compasión mínima que debe tenerse con el menos ocurrente, el torpe de lengua, o con la dama cuya belleza siempre triunfará sobre el ingenio del arrogante, durante esos conatos de vida humana que llaman reunión de sociedad.

El arribismo cultural suele ser su divisa. Si algún proyecto les fracasa, culparán a todas las entidades mundiales y a todas las corrientes del pensamiento: nunca verán el despropósito de sus afanes. Se atribuyen facultades, derechos, directivas: son el universo en sí mismos, y lo manifiestan bien, con la cara alzada. ¿Quién contra ellos? Si alguien se les opone, tratan de hundirlo o le invitan a colaborar, según las posibilidades de lucha. Si al azar le nombramos un enemigo, dirán: "No lo conozco". Porque los arrogantes viven más allá de la interacción humana del perdonar o no al ofensor: ni siquiera aceptan o reconocen la existencia del enemigo. Niegan la identidad del contrario.

Desde esas alturas, el trato humano con ellos más bien es un mito. Transforman la relación de amistad en un pretexto para dominar al amigo, imponerle opiniones, ideas, actitudes y usarlo a beneficio del propio enaltecimiento. La charla con ellos será interminablemente cultural. Alguna vez, gracias a dosificadas gotas de cordialidad, lo íntimo que puede asomar en el diálogo, alcanza un nivel ético muy general, muy abstracto, en torno a principios; nunca se producirá la apertura del alma, nunca se les oír la palabra que denuncie las dudas sobre tareas públicas, o la otra que revele los problemas interiores. Velan la intimidad con elegancia y buen gusto; ni sus familiares guardan de ella alguna partícula en sus corazones. Aparecen siempre magníficos, siempre dominantes, firmes en todo, y airosos, capaces de solucionar a solas la totalidad de los asuntos, los problemas del alma y del mundo, libres de pedir consuelo, con-

sultar opiniones y causar molestias al prójimo, en el apogeo de la autorreferencia. Porque antes de ser criaturas humanas son caballeros. Ya lo dijo Unamuno: —De los arrogantes, ¡líbrame, Señor!

Los frescos

Han convertido todos los intereses de este mundo en una novia peregrina, a la cual siempre están conquistando. Parece ser que antes los frescos eran sólo unos mal educados, príncipes del desembarazo, “desenvueltos más de lo justo”. De ellos se comentaba, cuando alguno se propasaba con las mujeres no casadas: ¡Qué tipo más fresco! Esa era la fórmula femenina para calificar al mozo que no guardaba los debidos miramientos, expresada con una satisfacción no velada por el pudor de esas palabras.

Los tiempos han cambiado. Hoy encontramos frescos hasta entre las mujeres. Y la índole se ha extendido más allá del inocente piropro o del toque microbusero. La frescura sobrepasa hoy las esferas del erotismo, abarca todos los aspectos de la existencia, desde el inocente hecho de hacerse invitar a comer, sin considerar el ritmo normal de las dueñas de casa, hasta el arte de conseguir puestos, premios, viajes, distinciones, por vía adulatoria de sagaz política y providencial compadrazgo.

Los frescos son los grandes aprovechadores de este mundo. Descubrieron el arte de vivir gratis; holgazanés que andan “a la cocheguagua”, como dice el perfecto lenguaje popular. Tienen la cara de hereje de la necesidad, propia de la gente venida a menos, con una rara nobleza que les obliga a rasguñar donde pueden. ¡Vamos, vamos, a casa del embajador! ¡Tiene whisky! Nunca pierden la vida por delicadeza. Su puntualidad es inglesa: siempre se dejan caer a tiempo.

Jamás se han detenido ante una puerta. Nunca sabrían leer sobre el dintel: “Lasciate ogni speranza”, de modo que van a ser candidatos al Averno. Algunos las abren a empujones: son los frescos atropelladores; éstos irritan, dejan heridas y resentimientos. Otros

no necesitan tocar con la mano la aldaba ni echarle un piropo a la perilla. Las puertas se les ablandan, se les derriten y abren solas. Sus palabras satisfacen siempre todos los complejos ajenos y así alcanzan poderes invencibles.

Un día están colocados. Al fin, todo lo consiguen. La gente es débil. Entonces se dedican a sacar las castañas con las patas ajenas. Todo lo encargan, cada amigo o conocido es un pretexto para librarse de alguna obligación. Esto no les impide hablar maravillas de sus propias obras y actuaciones. Asimismo celebran las de sus protectores. Estos los acogen con el hondo amor que las personas importantes tienen por sus bufones. La adulación es siempre seductora, hipnótica. La mentira es una caricia dulcísima. Y la exaltación que haga un prójimo de nosotros mismos es un delirio que olvidó San Pablo al referirse al tercer cielo. No faltan aquellos que llegan a recitarte entera alguna página tuya, bien o mal escrita. Ni los prometedores de artículos sobre ti, nunca solicitados, pero tampoco redactados.

A medida que crecen en importancia, sus afanes adquieren una alta envergadura: proceden de intereses superiores, ya de elevados conceptos como democracia, lo social, progreso, justicia, y también, según los casos, principios de arte y belleza. Esas son las galas de sus discursos y agradecimientos. Pronto buscarán el reconocimiento nacional, para lo cual tienen ya bien difundida su personal significación para el país. Podrían seguir, y pensar en puntos de vista internacionales, para medrar de todas las instituciones, pero sucede que entonces, cuando ya tienen a su vez colocados a sus parientes y familiares, los microbios le hacen una mala jugada, o algún virus nuevo, que la Providencia reserva para ocasiones especiales.

Nacerán otros, distintos, tal vez eficaces, llenos de actividad y trabajo efectivo; vivirán rodeados de máquinas de escribir con muchas secretarías, citófonos, maletas y aviones; van y vienen en innumerables viajes, nunca pagados por sus propios cheques, siempre cancelados por las sociedades, firmas e instituciones, de las cuales son dignos representantes. Muchas veces sucede que tanta riqueza de acción y trabajo tiene un gran valor terapéutico: es el recurso

para tapar las deficiencias personales, el disimulo de las íntimas debilidades. Con el ruido que arman, con la velocidad con que cruzan por todas partes, casas ajenas, inesperadas oficinas, ciudades y países, pasan inadvertidas las íntimas desazones, los vacíos interiores, las vacilaciones del alma, las angustias y frustraciones que por cierto nunca —ni a la hora de la muerte— reconocerán. Los errores serán triunfos. Los fracasos, conquistas. El mal, siempre les será bien, según lo que deseen obtener del mundo. No les bajará nunca la sonrisa —si es que no practican el sistema de la gravedad—; sus carrillos son ímagotables; cualquiera cree que viven en el mejor de los mundos, a causa de su continuo ofrecimiento de dientes. Representan —fuera de las firmas e instituciones— la felicidad terrestre, en dos pies, bien asentados en el planeta.

Habría que tomarles la temperatura para saber cuál es el verdadero calor humano que manifiestan los frescos, estos precursores de la hibernación, fabricantes de refrigeradores, con aspecto de calefacción central, destinados un día a vagar sobre el planeta cuando éste no sea más que una bola calcinada en la infinita soledad del espacio.

Mientras estos proficientes cultivan su arte con grandes gestos y propaganda, circulan callados otros individuos que no viven a cero grado ni disfrutan de los deleites del ice cream. Hombres y mujeres a 36 grados Celsius. Si éstos te dan la mano, recibes una mirada abierta, sin dobleces bajo los párpados ni *les yeux engourdis*, con todo el iris a la vista. Y se detienen y escuchan; no giran como trompos, siguiendo las múltiples elipsis de sus innumerables quehaceres. Y al hablarte no hay ya hipérbolos, no te halagan ni te disminuyen; nunca suben y bajan por las escalas musicales de todas las exclamaciones. Entonces te sientes parte viviente del habitat de la verdad; participas de la biosfera del planeta sinceridad; entras a las constelaciones del realismo puro y simple; gozas de un sentido de las proporciones, santo, equitativo y saludable. Tú podrás, si quieres, referirte a Jesucristo, y no te responderán con entusiasmos de celebradores incondicionales de lo que no les importa ni creen; tampoco te dirán que Cristo es un reaccionario. Te oirán con respeto por ti y por lo que tú representas. A tu lado tendrás un her-

mano. Deja sonar a los pájaros tropicales de los frescos; déjalos, porque ellos han llegado a ser el final de una época, el término de una edad desgraciada. Tú no quieres medrar, ni hacerte rico, te conformas con el micro y el terno gastado, con un vaso de vino en vez del cocktail-grill. Deja que chillen los importantes, esos bajo cero, en sus tareas rendidoras, ya de política, ya de cultura o de comercio.

Tú, escucha tu alma en silencio, porque la tienes, y no la has vaciado en la búsqueda afanosa de medios como fines. Y verás cómo puedes confiar en otros hombres, los cuales confiarán en ti, con el calor de la auténtica honradez humana, con el creciente conocimiento de lo que es y debe ser. No hay abandono para quien se mantenga en los 36 grados de normalidad en su sangre. Esta, ningún fresco puede conocerla. Alégrate de esa paz. Ningún político puede darla. La paz de ser fiel a sí mismo y a los demás. No hay fresco que resista la prueba de semejante tranquilidad interna. Para ellos es como la creencia en Dios, de la cual nos dice el apóstol Santiago en su epístola: "Los demonios también creen y tiemblan"⁶.

Los picajosos

Parece ser una condición sudamericana. No española. Mucho menos inglesa. Una nota de criollismo: nuestra gran susceptibilidad. La gente se hiere por cualquier motivo. Todos andan con el corazón en la mano. Así es fácil tropezar en él; cae al suelo, se hace trizas, el universo se hundió. De ambos sexos se recogen quejas, porque no nos sacamos todo el sombrero, y cruzamos la vereda sin administrar la dosis suficiente de zalemas. Una palabra contestada en un registro más alto o más grave hace perder al vecino la órbita de su diario acontecer; se le nubla el día, pierde seguridad, la tristeza le punza como un juanete y nos convierte en mal amigo.

⁶Santiago: II, 19

De instituciones españolas que deben entenderse con hispano-americanos, se sabe cómo recomiendan a su personal la atención cuidadosa a los nietos de la madre patria, a causa de que son muy susceptibles o picajosos, como dicen ellos. Tienen un honor a flor de piel, siempre expuesto al asalto de una mirada más dura, de una respuesta sin sonrisas, del más insospechado desaire: ¡Y qué decir de la invitación supuesta que no llegó nunca!

A causa de esa sensibilidad ocurre que las relaciones humanas entre nosotros son casi todas espumantes, con muchos escarceos frívolos y exposición de dientes al por mayor, sin que la conversación llegue a zonas de sinceridad absoluta. Nadie desea herir a su vecino. Hay miedo a la verdad y terror de dar la opinión franca. El sentimiento más íntimo se le disfraza de efervescencia y derroche de simpatía. Las instituciones se esterilizan, porque nadie expresa lo que piensa a los jefes y autoridades. A sus espaldas, siempre, con ese extraño furor de las innobles zonas del alma humana.

En el mundo de los dirigentes, por lo demás, se cumple el grado superior de la picajosería: ellos reaccionan a veces con truenos o ladridos, con inesperados rumores de autoridad ofendida, al estilo de un profesor liceano, el cual, al alumno preguntón de lo que él no sabía, contestaba: —No interrumpa, señor González. ¡Unos en conducta!

El grado menor del picajosismo es el del paranoico. El del que oye algo e inmediatamente se lo aplica a sí mismo. Puede tratarse de un temperamento sumamente delicado; tal vez, de un artista. Recogió la palabra ajena como una flecha dirigida a su corazón, con exclusividad de arquería. Los juicios hirientes bien podían ser generalidades sobre la especie humana y no referidos al picajoso. —¿No te parece, Cristián, que todos estos nuevos cuentos son realmente malos? No importaría si ignoran la técnica, pero al menos: digan algo. Resbalan sobre la superficie de las palabras. Pero Arturo te oyó, y arruga dentro de su bolsillo los papeles con su nuevo relato. Ha quedado pálido; capaz que se vaya a la orilla del río a llorar su desventura. Está totalmente traumatizado con tu opinión generalizante. De todos modos, recuerda al Eclesiástico: “Si has di-

cho palabras pesadas al amigo, no temas: siempre hay lugar a la reconciliación"⁷; pero entonces, no entiendas mal la Biblia, no vayas a conceder, disminuyendo importancia a tu juicio. A lo mejor fue saludable que el otro te oyese, podría haber comprendido cuán difícil es escribir cuentos sin saber nada del alma humana, sin haber quemado alguna nave en sus mares secretos. Y si esto lo ha probado, enséñale a estudiar las técnicas del oficio pretendido. Para acabar con las improvisaciones de tantos Cervantes.

Las diferencias de picajosos entre uno y otro pueblo son tan grandes como para imaginar si estas costumbres y modos de ser podrían llegar a modificarse con una vida más recia, más íntegra y entregada, que obligara a decir las cosas como son, por una necesidad de salvación común. Cuando cada individuo en un país sólo vive para sí o para su grupo, no hay manera de dar pábulo a la sinceridad. Ni los terremotos bastan ya para abrir las almas. En esos casos pululan los explotadores. Se hacen grandes negocios de papas sureñas, a través de altas figuras de la política y de la sociedad adinerada, con la misma frialdad del océano que avanza sobre playas, pueblos y ciudades. Y después nos extrañamos de ver a los "pobres" tan susceptibles con la otra gente, que ellos llaman "los ricos", sabe Dios por cuál ancestro de canibalismo.

Si en Chile alguien emplea la palabra "desgraciado", se puede armar una pelea, con las indignaciones o las quejumbres que comentamos. Esa misma palabra en boca española no tiene ningún alcance peyorativo, nadie la recibe con amargura, desencanto de amistad o ira de alma ofendida. Hay pueblos que tienen conciencia de los límites humanos y otros todavía no los han descubierto; éstos pueden delirar sobre sí mismos, con todo el riesgo de la indeterminación del alma, que, al fin, no se conoce y provoca las susceptibilidades de la inseguridad sobre sí mismo.

Hay un momento muy justo, según se cree, para no rozar la susceptibilidad ajena. Los psiquiatras deben recomendarlo. Son los casos de grandes ilusiones: sentimentales, artísticas, de empresas. Es im-

⁷Eclesiástico: xxii, 27

posible convencer a alguien que está mal enamorado, en particular si además tiene mujer propia, o que sus finteos literarios son de un gusto inquietante y no tienen nada en común con las letras, o si sus proyectos de trabajos e industrias van a dar al más rotundo fracaso, con perjuicio de bolsillos propios y extraños. La gente no quiere perder nunca, y así se hunde.

El libro de los Proverbios dice: "El látigo para el caballo, el castigo para el asno y la vara para las espaldas del insensato"⁸. No hay más vara en estos casos que la consumación del ilusionismo. No hay verdad de amor, de arte, de acción sino cuando caen todas las escamas de los ojos y se ve lo que es, a la luz del desencanto de pompas restallantes. Si el iluso no es tozudo como los animales nombrados anteriormente, alcanzará su signo de Jonás, después de tanto viaje en ballena de fantasías. Hay golpes que despiertan. Punzadas que quitan la embriaguez. Nos dimos cuenta de algunos números: lo que era un corazón bajo cero, o la real estatura nuestra, a la que no le pudimos añadir un codo. Pero si frente a un fracaso funciona la picajosería, todo se pierde, no se recoge sabiduría. El tipo queda traumatizado y resentido para toda la vida. Una carga más para la sociedad. Y hasta un enemigo, si le quisiste abrir los ojos. Creyó que le matabas el alma.

Hay materias ante las cuales todo el mundo está de acuerdo en no decir palabra, a beneficio de los susceptibles. Es el triunfo de la prudencia, a fin de que el afectado sea el último en enterarse, cuando el dolor de la injusticia o de la deslealtad o del desamor lo deje con la pistola en las sienes, en un callejón sin salida. Todo el mundo está unánime con tanto respeto al prójimo, para no herirlo, y como enseña *santa radiotelefonía*: "Todo el mundo no puede equivocarse".

En el Evangelio encontramos una norma más atrevida que esa de "todo el mundo". No se practica con el afectado, sino con el que está provocando un daño, con el que obra simplemente mal, allí donde la picajosería puede ser alucinante. Evitemos referir casuís-

⁸Proverbios: xxvi, 3

ticas de matrimonios mal avenidos y otras calamidades. Veamos lo que dice el Evangelio. Tal vez nadie lo pone en práctica. Leamos: "Si tu hermano peca, repréndelo entre ti y él solo; si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha toma todavía contigo un hombre o dos, para que por boca de dos testigos o tres conste toda palabra. Si a ellos no escucha, dilo a la Iglesia. Y si no escucha tampoco a la Iglesia, sea para ti como un pagano y como un publicano"⁹.

Pero el prudente dice: "¿Quién es mi hermano?".

Los sensibles

Azorín escribió mucho sobre la sensibilidad. Parecería esa palabreja su vademécum y panacea universal, el periscopio que erecta para mirar el mundo y entender más allá de los sentidos habituales. Viene a ser una dimensión del alma, un tanto indeterminada, pero, en fin, el toque de inteligencia que recoge sutilezas espirituales, percepciones de la naturaleza y del arte, siempre allende al hombre común. El mismo español dijo que "el arte es sensibilidad". Es un modo de definir el mundo de las musas en forma rotunda, con una veloz identificación, como puede hacerse con presentimiento, trascendencia, y casi con todas las palabras terminadas en "ción", según las ganas del pensante. Todas esas posibilidades de juicio caben en el apotegma azoriniano, suma de todas las estéticas, la palabra clave.

Ella sigue siendo la apoteosis laica para expresar todos los arcanos, y las innumerables riquezas intersticiales entre el cielo y la tierra; cualquier engarce entre el más recóndito yo y el mundo externo se ajusta y comprime con rara certeza, gracias a ese feliz término-radar. Participa del más amplio registro de sensaciones, desde la fisiología hasta la cinestesia. Pero tiene honra de concepto, Decir

⁹Mateo — xviii, 15-17

que alguien es muy sensible, ya es un reputado elogio intelectual. Salvo que estemos hablando de un hígado o de una neurosis.

La malicia humana, a pesar de todo, disminuye al vocablo su dosis de prestigio, porque un individuo muy sensible puede ser un esquizofrénico, un homosexual o un mal político. Pero entre la gente que nunca piensa mal de nadie, la gente discreta, esa noción de sensibilidad, despierta otras: por caso, elevación de alma, agudeza de percepciones, y también la comprensión superior de los problemas de la vida. El ámbito de las artes, en especial, se torna fulgurante con la palabra azoriniana. Los hombres que se entregan a la poesía, a la música, al teatro, a la pintura, necesariamente deben ser muy sensibles. Es una condición sin la cual no se comprendería el ser de un amado de los dioses. Si éste lanza un gritillo mal contenido, provocado por una sorpresa estética o por un pisotón, no dará sino un testimonio de su extremada sensibilidad. Esta especial grandeza parece tener por símbolo lingüístico: el ¡ay!

Las atenciones y el honor conferido a toda mujer, se aplican por siniestra analogía al hombre muy sensible. Se dice de él: es fino como una dama. Y se comete así un elogio subidísimo. La comparación implícita es algo eminentemente espiritual. Los colmos sensitivos, por tradición suelen ser idiosincrasia femenil; más, el espíritu, al fin, no tiene sexo. Después de la Resurrección, no habrá problema.

Ellos tienen un don: el de lágrima. ¡Qué decir de las vertidas en los cines, en los teatros, en las salas de concierto, por innumerables parejas de ojos finos, conmovidos, flor de la sensibilidad! Son lágrimas dulcísimas, sin sufrimiento comprometido con ninguno de los personajes atribulados en la escena o en la pantalla, a los cuales no necesitamos darle nada, ni defensa ni consuelo. De este modo cumplimos con Aristóteles en su Poética, recibimos la dichosa catarsis como si fuera el Espíritu Santo, sobre todo a la salida de las funciones contempladas a través de tanto lloro, cuando el sensible se dirige a una boite, y allí comerá, bailará, beberá, y más tarde hará el amor, para despertar a un nuevo día, limpio de toda falta, libre de error por obra y gracia de la acción purificadora del arte. Una

vez conocí a un fulano que practicaba los ritos de su sexo, con una música de fondo en disco: los brandeburgueses de Bach. Otro sensible tenía imaginaciones de doncellas desnudas mientras escuchaba preludios del señor Chopin. Y no contar el caso de aquel que en sus intimidades conyugales usaba un gran espejo para verse a sí mismo en ello. Un exquisito, sin lugar a dudas.

Los hay de tales extremos que son capaces de retirarse de una sala por el peso abrumador del concierto; se les viene el mundo encima; son unos Atlas, sufren cósmicamente; otros llegan a coger con sus manos el pick-up, porque ya no soportan más el placer o el dolor; de todos modos, el gustito de la música, como si ésta tuviese por razón de ser, la de producir espasmos. Otros los evitan charlando todo el tiempo que duran las revoluciones fonográficas: —¡Estupendo! —¡Qué magnífico! —¡Qué interpretación más excelente! —¡Me encanta este Oistrakh!

Una vez, sólo una, un amante de la música, que nunca llegó a acostarse con ella, dispuso de una sensibilidad estereofónica, mucho antes que dicho invento apareciese en el comercio, para que ellos ya no pudiesen más escuchar los aparatos antiguos. La reveló así: protestaba por todos los rumores vecinos; habría hecho callar hasta al pájaro del fotógrafo. Luego llegó a quitar una silla situada entre el mueble del fonógrafo eléctrico y su persona sentada en otra, porque las ondas sonoras emitidas por el *amplificantem vocem* se distorsionaban al chocar contra la madera de la silla, interruptora de tamañas delicias. No supe si alguna vez se desnudó para escuchar mejor; por razón de cinestesia, es probable que el color estridente de su traje alterase las armonías de Vivaldi.

Hay los que sienten un nudo en la garganta al mirar una catedral, fatalmente gótica, en sus viajes clasificadores de estilos. Los monumentos de fe milenaria en piedra sólo les inspiran emociones de arte, de cultura siempre, con las más precisas distinciones del Baedeker.

Más allá de los preciosos de la música clásica sin ruidos accesorios, lejos de los amorosos de la actuación teatral, siempre creadora, separados de los partidarios de la pintura sin huella de mosca y aje-

nos a las estatuas sin reparaciones de mal gusto, nos encontramos con los sensibles del orden social. No me refiero a los criptocomunistas. Son los que lloran cuando un día se enteran de algo inaudito. —¡No puede ser! —¡Nunca lo hubiera creído! Pero es cierto, y llegan a saberlo, con gran congoja para sus almas delicadas que nunca conocieron el mal de la miseria, en sus casas o en las de sus amigos. En el país hay gente que vive desnutrida o se muere de hambre; y algunos, del frío de las heladas invernales pasan a las de la fosa común. A estos sensibles les clava espadas de dolor la vista de los numerosos hijos del deseo, abandonados por las calles centrales, vagos sin zapatos, sin abrigo, con trozos de pantalones que vienen de generación en generación.

Después de la emisión de lágrimas, con un sentimiento de culpabilidad atravesado en el pecho, siguen su camino, al modo de los levitas que iban de Jerusalem a Jericó. Hasta que las volubles hormonas del contento, esas segregadas después de un succulento almuerzo, se asoman a la menor vibración placentera. Al fin, el cuerpo va bien, obra con regularidad, el trabajo normal, la señora sin novedades. Pero se trata de un hombre sensible, capaz de descifrar con sus azorinianos radares los harapos de la miseria; entonces lanza un “de profundis clamavit a te Dómine”, y decide hacer algo. Para esto toma el teléfono —¡ah, siempre por teléfono!—, a fin de que la mano derecha no sepa lo que hace la izquierda, y llama a un amigo suyo, amigo de un secretario, el cual a su vez es amigo del secretario del secretario del Presidente de la República. Ciertos problemas sociales deben ser atención preferente del Estado y de nadie más. No aplicar parches sobre heridas. La gente es tan mal agradecida. Al fin hay que rascarse con las propias uñas.

Después, cuando suena ocupado el aparato, el hombre sensible se fatigará con el esfuerzo de su exaltación sentimental, y terminará exclamando: —¡Qué se le va a hacer! ¡A veces pasa así! ¡Cosas de la vida! Y empieza a batir la cocktailera en su calefaccionado departamento, a la espera de una amiga, y calcula un negocio excelente con la venta de un nuevo perfume de nardo, envasado en unos plásticos estupendos que parecen alabastro; en cada uno de ellos va

a inscribir un lema comercial para la propaganda del producto. Dice así: "A los pobres los tendréis siempre con vosotros..."¹⁰.

Los neutrales

Son los hombres que, por altos designios de la inteligencia y amor a la verdad, no toman posiciones en este mundo. En nombre del espíritu no siguen inclinaciones políticas, no se abanderizan por instituciones ni personas. Tal las grandes figuras que están sobre las contingencias, no se determinan ni permiten ser clasificados, como si en cada uno de ellos alentase un fuego enorme de ansiedad por lo absoluto, al modo de Unamuno. El eclecticismo viene a ser su pensamiento; el respeto al prójimo, su indiferencia afectiva; y la sabiduría de sus almas cumple, al pie de la letra, el adagio: *Ni muy afuera que te hieles, ni muy adentro que te quemes*. La equidistancia perfecta, desde donde nunca sale el sí o el no rotundo.

El *engagement* no es su criterio. La aprobación o el rechazo quedan ajenos a sus costumbres de convivencia. Una rara perspectiva toman en ellos todos los caminos de la vida, ésa que un chileno define como el arte de "correrse", separados siempre de todo compromiso, de toda lealtad y de toda definición. Nunca serán testigos de la historia, pues, como científicos minuciosos, esperan la comprobación de antecedentes para opinar sobre cualquier cosa que suceda, en el cable o en su casa. La timidez en ellos es prudencia. La sinceridad, imprevisión y audacia. Y los arrebatos de cualquier amor, una falta de pureza.

Prefieren el cálculo a la espontaneidad: ésta siempre les parece ramplona, ordinaria, sin dignidad. El juego de la vida, las situaciones sociales, las gremiales o las de profesión suelen imponerles la ingrata tarea de tener que declararse. Impelidos, entonces, a moverse, sin poder recular, llegan, en fin, a tomar partido, pero procederán sólo al juego del ganar siempre.

¹⁰Mateo: xxvi-11

Nunca le pidas una opinión ni un comentario. No corren el riesgo de ilustrar un juicio crítico sobre lo que sea. Tendrás la impresión saludable de estar ante una persona sumamente caritativa, que no da un juicio para no faltar al amor. Pero no, no te engañes: simplemente no quiere comprometerse, salvo cuando el adelantar un juicio (ése que ha de resonar de oreja a oreja), pueda extraer de él un señalado servicio, o una ventaja esperada.

Son los adoradores de *al país que fueres haz lo que vieres*. Como es imposible existir sin teñirse de algún pigmento de vida, en medio de las refriegas del acaecer —a veces imprevistas, otras inevitables— el neutral se atrincherará, casi sin darse cuenta —o pensándolo mejor— en torno a todo lo que está bien establecido, y alrededor de las fórmulas más convencionales. Muy adentro de las cosas no querrá quemarse. Las grandes líneas de claridad —como aquéllas de *Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios*— no serán su estrella: le sentarán demasiado ácidas, a pesar del aparente eclecticismo que semejan.

Las regiones templadas son el destino de sus corazones, y cuando mueren, en parte por el antiamor que les enfría el hígado, lo que les desata el deceso no es tanto la enfermedad final a la cual llegaron, como el espanto de contemplar, en el *racconto* de la agnía, cómo sus vidas fueron cabezas de avestruces enterradas en la arena. La imagen espectral que tienen de sí mismos, en el último instante, no tendrá figura reconocible. Se verá un palo seco, una rama sin hojas, una perfecta calavera parecida a cualquiera otra. La diferencia individual, ese abismo del yo, donde triunfan la libertad, la valentía y campean las esencias todas del universo, no podrá ni siquiera volver a la nada. Fue neutralizado. Sólo quedaron unas manchas de moscas en el sudario. Se cumplió la palabra del Apocalipsis: “Porque eres tibio, ni hirviendo ni frío, voy a vomitarte de mi boca”¹¹.

¹¹Ap. III, 16

¡Por Dios que saben cosas! La erudición es su enésima potencia, el más alto grado de sus aspiraciones, y por cierto el único resultado. Como el cáncer, ellos son. Se les multiplican las fichas bibliográficas en la cabeza y de modo continuo; parece como si se hubiesen ingurgitado los libros todos del universo. Si los quieres hacer sufrir, zámpace media docena de títulos de tu especialidad: los tendrás toda la vida de enemigos. Nunca les demuestres sus vacíos y aparenta ignorancia ante ellos. Tampoco les presentes tu biblioteca; siempre andan buscando algún ejemplar único y no sea que tú lo tengas.

Jamás oyeron decir, como exclamó un sabio chileno, el que tradujo a Esquilo: "Me pasé la mitad de la vida estudiando, para olvidarme lo aprendido durante la otra mitad".

Nunca darán un golpe en la mesa, cerrando el libro para sopesar las palabras escritas, y con la mente transida de pensamientos, llegar a hondas reflexiones, con altísima emoción de estar en el suspenso de una nueva visión del mundo, de una comprensión más íntima de la vida, pensando por cuenta propia, sin masturbarse fichas dentro de sí mismo, invaginándose los pensares ajenos para repartirlos después como naipes de la cultura, pero con todas las comillas, los llamados al pie de página y la sagrada nota, de acuerdo con el sistema PML y más automático que un IBM, pero sin el vuelo de un KLM, y con menos citas que las de MMP o de RMP.

A veces recuerdan al niño que —según la leyenda— encontró San Agustín en una playa, pretendiendo vaciar toda el agua del mar en un solo orificio de la arena. Si supieran que el mismo Agustín había dicho: "Temo al hombre de un solo libro". Pero cuidado, hay que citar en la lengua original: Timeo hominem unius libri, porque te expulsan de la República, como un Platón cualquiera, si manejas traducciones, y bien pudiera sucederle al afrentado por su ignorancia de las lenguas vivas, muertas o fabricadas que el libro lo tuviese perfectamente traducido al idioma de su corazón, y con su propia vida pudiese comprenderlo mejor; y si se trata de un vo-

lumen de múltiples ideas, puede haber en ese despreciado un discernimiento capaz de separar los conceptos válidos de los errados, gracias a su luminoso y fuerte sentido común. Pero te tomarán la frase de Agustín y la interpretarán a beneficio de ellos: temo al que no ha leído casi nada: apenas un texto. Entonces, cógeles de la garganta y a puñetazo limpio hazles caer al suelo todas sus bibliografías, a ver si apretando un poco el pescuezo los haces exhalar una idea propia. Si eres más académico y más cristiano, no le pegues a nadie por su falta de humanidad, pero tómales examen, agárralos por el lado donde cojeen, abrúmalos de citas, con varias ediciones por título, y habrás corregido a tu hermano.

En una reunión se los adivina de lejos por la pronunciación. Las palabras salen de su aparato articulatorio de acuerdo con todas las reglas, normas y principios de la fonética, de la fonología y de la fonolítica; la gramática brilla impoluta, y el diccionario ilustra sus mejores páginas. Las muchachas que no saben nada de Andrés Bello o de Weber y Fechner se atacan de la risa, y si los escucha un hombre modesto, sin cultura, pensará: todos los que se dedican a los libros son unos redomados imbéciles. Tal vez si asiste un locutor de radio, puede que se muera de envidia.

Junto a ese engolamiento de la voz y sus magníficas impostaciones, es de considerar la montura catedrática con que andan a caballo del saber humano; si son profesores, no se bajan nunca de la profesión, ni para cumplir las más elementales evacuaciones. Opinan con tono dogmático, no aceptan sino lo que ellos leyeron o anotaron en sus cárdex y hasta se permitirán darte consejos literarios. La alimentación les convierte poco a poco la carne y la sangre en sólido cartón piedra.

Si sucede algún esfuerzo en ellos y logran pergeñar un trabajo, bueno o malo, investigación real o cualquier escrito, fácilmente se deslizará en la charla su participación en el reino bibliográfico: —Tengo un estudio sobre este tema. —Cuando publique mi libro. . . —Yo digo eso en un estudio que preparo. . .

Por cierto algunos son de efectivos conocimientos e investigación, poseen obras dignas de considerarse, pero hay que tratarlos por do-

sis; más de media hora basta para que alcancen a expresar un panegírico de sí mismos completo, y si les muestras admiración, te darán muchos datos. Trata de comprobarlos, aunque tengas que gastar sumas por microfilm, pidiendo copias a las más remotas bibliotecas: De seguro, más de la mitad de las informaciones bibliográficas son paja molida, y no ocurra que en algún artículo de revista encuentras la idea no citada, mediante la cual se hizo famoso el libro de tan omnipotente genio.

Anunciemos una conferencia dictada por una eminencia extranjera. Los pedantes suelen asistir, aunque no les interese el tema. De todos modos, la víspera se revisan toda la bibliografía del visitante para mantenerse a igual nivel de cultura; se creen en la obligación de saberlo todo y opinar con juicios rotundos de cuanto es posible imaginarse, tanto más del tema tratado en la conferencia. Si no alcanzaron a recoger la suficiente información, opinarán lo mismo delante del conferenciante, con frases tipos, de esas habituales en la crítica literaria o en los programas de radio. Dirán: —Considero la composición dramática de la última obra de Pascualino von Segurto de una poderosa intensidad. —Sí, tiene usted razón, ese poema recién publicado de Farnecio, es de una extraordinaria subjetividad. Yo lo admiro por su riqueza de armonía y la calidad del lenguaje. Y si van interesando al conferenciante distinguido, —porque a veces las personas valiosas suelen ser muy ingenuas para observar a los demás— se largan a establecer relaciones, influencias, títulos van y vienen, de sus asombrosas lecturas. Logran su objetivo: el visitante dirá que ese fulano tiene una gran erudición. Ignora las apariencias conquistadas por una buena memoria. Citar no cuesta nada.

Bien pudiera tener el visitante un ojo certero y dejar con un palmo de narices al pedantón: le inventa un autor que nunca ha existido. Por cierto, el otro lo conocerá hasta con versos de memoria. El entendido puede jugar de otro modo: finge desconocer un libro; él no lo tiene, tampoco lo ha leído; entonces recibirá estas palabras: Pero ¡cómo! ¿No tiene usted la novela de Olguines? ¡Si es un clásico fundamental!

Viven orondos en la suficiencia del saber nada de todo y todo de nada; nunca han preguntado con dolor y ansias por entender este mundo, la esencia de las cosas, el principio del ser. Si llegaran a interrogar como Pilatos ¿qué es la verdad?, en vez de crucificarla, al modo del romano, la convierten en problemática, en suma de supuestos culturales, histórica variedad de acepciones, y enfoques curiosísimos de métodos, doctrinas y teoría de las teorías. Así evitan que la presencia interior del problema no les gaste la salud ni les quite el apetito. Ellos no van a dejarse crucificar por la verdad, ni darán la vida por encontrarla. Así no sabrán nunca por qué se vive ni menos cómo es esto de morirse un día. A lo más exclamarán: —¡La vida pasa!—, como dice el poeta Perogrullo.

Estos ciudadanos de tinta de imprenta, esos libros que caminan, desparramando verborrea de sibilinos lenguajes especializados, ignoran las sorpresas de la ciencia: ella va a acabar al fin con los pedantes de este mundo. Se inventarán unas máquinas, no sólo para traducir a otros idiomas un texto sino ciertos dispositivos, con un sistema muy sutil: tú dirás frente a ellos poesía, teoría del conocimiento, filosofía de Parménides, lo que quieras, y la máquina te proporcionará en una pantalla, con bella letra azul, todo lo que quieras saber sobre un tema, con todas las referencias posibles. Apretarás unas teclas y establecerás las más inimaginables relaciones literarias; nada quedará sin ser mostrado en la red inmensa de los millones de libros escritos por el ingenio humano. Por cierto, tú te las arreglarás para llegar a una conclusión, porque el robot podrá parecer humano hasta en el rostro; nunca va a reemplazar tu alma, ésa la pones tú, frente al sinfín de las fichas de materia de la futura máquina, descrita ya en una novela de ciencia-ficción.

Por primera vez los pedantes se llenarán de tristeza, no podrán competir con la máquina "del saber". En ese día, anunciales otra maravilla de la ciencia: díles que ya han avanzado tanto los estudios de las ondas del cerebro y los secretos de la hipnosis, que por esos medios podrán echarse a la cabeza la erudición total del uni-

verso. Dormirán largos inviernos y al despertar sabrán todas las lenguas, y recitarán de memoria todos los libros. Pero nada más.

Será extraño llamarlos entonces, y pedir: mira, ¿por qué no dices el Apocalipsis? Y escuchar de sus labios el aviso misterioso a Juan: "Ve y toma el libro abierto en la mano del ángel, que está de pie sobre el mar y sobre la tierra. Fui, pues, al ángel y le dije que me diera el librito. Y él me respondió: Toma y cómelo... Tomé el librito de la mano del ángel y lo comí, y era en mi boca dulce como la miel, mas habiéndolo comido, quedaron mis entrañas llenas de amargura"¹².

¹²Juan: Apocalipsis, x, 8-10

*Lo de arriba**Teología de los terremotos*

Cuando los primeros días, después de los cataclismos que azotaron a Chile y colmaron de dolor la patria, todo el que creía tener algo que decir lo volcó en los periódicos. Esto permitió leer cosas más atroces que las mismas desgracias sucedidas.

En uno de esos escritos se planteaba la causa de esos fenómenos tan pavorosos. Es obvio: no cabe respuesta tan apropiada como la razón geológica. Esos asuntos deben consultarse con la corteza terrestre. Pero el articulista le preocupaba algo muy serio: descartar del tremendo asunto toda teología; quería defender a Dios de cualquier relación con esas cosas desagradables, porque es mejor pensar en El si hay encantos de la vida, bienes placenteros. Al ocurrir un terremoto debemos suponer que la Provincia estaba de vacaciones.

En esa página se arremetía contra la opinión de "la gente sencilla", cuya opinión explica los sismos por un castigo de Dios. Calificaba de falsa esta interpretación, "por muchos motivos fáciles de comprender", y así establecía una poderosa distinción, a prueba de siete siglos de tomismo: "Dios deja a las causas segundas que proceden en conformidad a su naturaleza".

Con sentimientos muy al estilo de religión igual consuelo o vaselina, afirmaba: no puede pensarse que Dios quiere castigar a esos pueblos sufridos del sur, "pueblos moralmente sanos y trabajadores", donde se encuentran "las mejores reservas morales de

la raza". Nosotros podemos decir, entonces: Dios no quiso castigar a los Santos Inocentes de Belén, en los días de Herodes, mucho más sanos que nosotros, aunque menos trabajadores, por razones evidentes de edad. Es para acordarse del Evangelio: "Al que tiene, lo poco que tiene le será quitado", o "No he venido a traer la paz sino la espada"¹³.

Todo era allí de gran prudencia, con un racionalismo aplastante, igual al terremoto. En verdad, no hay que asustar a la gente con suposiciones de una divinidad aterradora, capaz de andar agujereando el piso a los habitantes de la tierra. El Sagrado Corazón debe ser siempre de alfeñique. La fe es un sucedáneo de la aspirina. Porque es preciso hacer creer a la gente que la Misericordia acabó con la Justicia. Eso del infierno más vale no meneallo.

Estamos con que así como El deja libres a las almas y no las empuja a entrar en su Reino, al modo de "crees o te mato", también —con igual gentileza— deja de mano las leyes de la naturaleza; a veces, éstas andan por su cuenta y riesgo. El Altísimo no tiene parte, la Providencia toma palco cuando empieza a temblar. Dejemos, pues, cada cosa en su sitio. A Dios bien lejos, en el más alto cielo; las personas buenas en el sur de Chile, y la corteza terrestre completamente separada de los hombres y de la Trinidad. Ese San Pablo es un exagerado cuando dice: "todas las criaturas del universo están como de parto, a la espera de la Redención de los hijos de Dios"¹⁴. Y ese escritor, Albert Frank-Duquesne debe ser "muy discutible", cuando se pregunta en uno de sus libros: "¿En qué medida el universo físico tiene parte en la Caída, en la Redención y en la Gloria Final?"¹⁵

No interesa tanto, al fin, saber las causas físicas de tan desgraciados fenómenos. Son sumas siderales de dolor humano, a veces monstruosamente crueles, tan "injustos" —según la medida humana— como el de las madres de Belén, desgarradas en las entrañas, en aquellos días del Nacimiento. Un fráy Luis de León podía

¹³Mateo, XIII, 12; Lucas XII, 51

¹⁴Romanos: VIII, 22

¹⁵Albert Frank — Duquesne: *Cosmos et Gloire* — París, 1947

preguntarse: *Por qué tiembla la tierra, / por qué las hondas mares se embravecen*; él inquiría en su famoso poema no sólo una relación inmediata de ciencia particular, sino más integralmente: *lo que es y lo que ha sido, / y su principio propio y escondido*.

Y si se sigue observando el poema, su ansia ardiente lo lleva a ver "las moradas del gozo y del contento", el "lugar" mismo de Dios, causa primera de todo lo que sucede, raíz de la realidad toda.

Hay un sentido que ayuda a entender lo que no comprendemos: el sobrenatural, el impalpable secreto de la causa primera; se lo denuncia en esas reacciones primitivas ante las expansiones mortales de la naturaleza, las que hablan de castigo de Dios. No deja de ser profundamente significativo escuchar a gente diariamente ajena a la sensibilidad religiosa y aun ética, invocar el Nombre, aunque se trate de reacciones elementales, a la vista de la muerte, cuando es posible medir la fragilidad de la vida, y el presentimiento de algo inconmensurable.

Antes de la noche en que Franklin elevó su cometa, los hombres se aterraban tanto con las tempestades eléctricas, sin poder admirar esa maravilla de rayos y truenos, luz y fragor de sobrecohedora grandeza cósmica; tampoco distinguían mucho entre conceptos de causalidad, menos en los momentos en que el rayo partía un árbol y éste caía sobre alguien, el cual quedaba convertido en llama viva. Pero suponían que Dios amenazaba. —Calma tu ira, Señor—, exclamaban, y seguramente se golpeaban el pecho con violencia. Al fin, ningún hombre puede arrojar la primera piedra ni la segunda; algunas faltas se cometen en horas veinticuatro. El justo peca siete veces al día, según las estadísticas de la Biblia. Y a pesar de conocerse bien las causas segundas de las tempestades, a pesar de Franklin y el misterio de la electricidad en estado salvaje, hay gente que se muere de miedo, con el más lejano fulgor violeta, o con el envolvente estruendo de toda la bóveda celeste, y se esconde en roperos antiguos. Las distinciones de marras deben ser bien inútiles, porque el Evangelio habla de terrores futuros de tal magnitud, que la gente se secará de espanto, incluso con el rumor de las aguas del mar, y quedará deshidratada.

Un reverso de aquella medalla vemos en el escándalo de muchos deístas; no comprenden una Providencia tan siniestra, permitente de tantos males como el extremo de los sismos: el mundo deja de ser sustento de los pies; heridos en sus sentimientos humanitarios, le echan la culpa a Dios del terremoto. Y uno lee cartas atroces: “Después de esta desgracia tan horrible me es imposible casi creer en Dios”. Tal opinión desesperada es tan oscura como la del distinguidor de la Causa primera, —un Dios simplemente aristotélico, sin una gota de sangre del Cristo— y las otras, sueltas, a la deriva de Dios, justamente para que sean tomadas por el Príncipe de este mundo y haga con ellas lo que sea más malo y de mayor daño al hombre. ¿Por qué no le echan la culpa al diablo?

Tanto el protector de un dios lollipop como el inculpador de una divinidad que permite tamañas desgracias, son intérpretes ateos de los sismos.

Cuando se cae un puente, choca un par de aviones en los aires, el automóvil se va de bruces contra un cerro y mueren inocentes como pecadores, las explicaciones técnicas, si no consuelan, dan razones de causas y efectos; a pesar de que las segundas estaban en manos de los ingenieros o de la previsión de mecánicos y choferes, un “mala suerte” viene a ser la dosis necesaria del misterio del dolor, que un “fatiga de materiales” no colma nunca.

Si alguien al pie de un automóvil volteado, con un par de cadáveres por los lados, una mujer bella con el óvalo del rostro machacado, y la sangre a borbotones por los fierros y el suelo, se permitiese pronunciar las palabras de León Bloy: “Todo lo que sucede es adorable”, le echarían encima el coche de la asistencia, lo lincharían por su crimen de lesa sentimiento.

Al asistir a ese acto social —esa especie de cocktail al revés— que es una reunión de dar el pésame, uno tiene la triste ocurrencia de consolar a la viuda, con el más alto registro de la esperanza humana, y al pie del ataúd cuajado de flores repugnantes, se le dice: —Tenga ánimo. Su marido resucitará en el último día. O si hay más confianza y tú sabes las creencias de la persona en duelo: —Oye, mira, acuérdate de la Resurrección de la Carne. Pues bien,

una sonrisa de desprecio es lo que recibes en pago de tu gesto, el único posible entre cristianos. ¿Qué ocurriría si le recordáramos a esa viuda o a esa otra amiga las palabras de Cristo a Marta: "Yo soy la Resurrección y la vida. El que en mí cree tendrá vida eterna"?¹⁶

Los judíos, ese pueblo escogido *para siempre*, y por quien nos vino la Salvación, tenía sus manías teológicas. Si se derrumbaba una torre, la de Siloé en Jerusalem, no pensaban como debe hacerlo un buen cristiano de estos días, que las causas segundas ingenieriles, los albañiles, los constructores que roban materiales son los determinantes de la calamidad, de la caída que mató a dieciocho personas. No. Ellos establecían una ecuación, una coordinada angustiosa: el que sufre más ese es el que más ha pecado, o, por lo menos sus padres pecaron y ahora los hijos pagan. Así fue como Cristo les respondió: "Aquellos dieciocho, sobre los cuales cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los demás habitantes de Jerusalem? Os digo que de ninguna manera. Sino que todos pareceréis igualmente si no os pusiéreis a hacer penitencia."¹⁷ Luego "no hay relación directa y precisa entre falta y calamidad; las desgracias públicas son una invitación a practicar la penitencia". Y de ésta se habla desde la primera página del Evangelio de San Mateo, cuando aparece el Bautista, llamando a hacer penitencia, en vista de El Que Viene. Eso sí que esa palabra tan anticivilizada, no contiene el sentido comercial de acumulación de pequeños sacrificios. No. Eso es tan de mentalidad primitiva como el hacer mandas practicado en países sudamericanos. O prometer "velas" a una imagen si se obtiene un bien temporal determinado. El alcance etimológico de aquella palabra con olor a cenizas y a racionamiento es genuinamente espiritual: significa cambio de mente, pensar de otro modo, al estilo de Dios. Antes de la ceniza y el estiércol en la cabeza, hay que poner ideas nuevas, las del pensar divino, la palabra de Dios, capaz de llevarnos a un renacimiento tal del entendimiento de las cosas, que ni el

¹⁶Juan: xi, 25

¹⁷Lucas: xiii, 1-5

terror elemental por los temblores ni el resentimiento porque no se nos libró de una angustia, vengan a constituirse en sentimientos guías.

Al ponerse en contacto vivo con la Palabra de Dios, las Santas Escrituras, uno de los primeros frutos obtenidos es descubrir esto: las enfermedades, epidemias, catástrofes de aire, fuego, tierra, los océanos conmovidos, el bamboleo del eje del planeta, hasta la caída final de las estrellas, tienen una causa muy próxima y bien eficiente: la libertad del hombre. El acumula extrañas reacciones en cadena, toda la historia, pero como es el rey de la creación, sus palabras, sus intenciones y actos conmueven el más recóndito seno de la naturaleza. Y no podemos saber cómo una serie de crímenes cometidos en el continente australiano descuajan a la larga la corteza terrestre y tiembla. Nunca se vislumbra la potencia inaudita de un acto humano hasta en el centro de la tierra, donde todo sería oscuro, y más allá, en el magma sobrenatural con miríadas de almas, las cuales a su vez atraviesan nuestras paredes diariamente.

Se puede afirmar que todo el Apocalipsis no es sino el negativo de una historia concluyente, impreso en poesía flamígera, donde vemos las sombras de las intervenciones angélicas y otras más, en una serie de obras de los hombres, entregados a su libertad, hacia el término de la Edad Presente.

Si vemos un hombre empavorecido por el estremecimiento del suelo, ante la muralla que puede caerle encima, su golpe de pecho, su grito por misericordia, ya no es un acto inculto ni de "gente sencilla" o de "baja condición", ¡hijos de Dios! Es una expresión humana que restaura la íntima estructura del cosmos; sí, es primaria pero en la medida en que relaciona los elementos de la realidad, allí donde ángel, hombre, animal y planeta se sustentan de Dios, y el Mezclado de Semejanza y Limo puede alterar todos los rostros. Así sucederá todavía, hasta que la suma de sufrimientos complete la cifra necesaria para colmar la Redención. Después la tierra hará retrato al paraíso y podremos alegrarnos para siempre, sin sombra de angustia, sin noticia temerosa, porque "estimo que los padecimientos del tiempo presente no son dignos de compa-

rarse con la gloria venidera, pues la ansiosa espera de lo creado aguarda la manifestación de los hijos de Dios ya que a la vanidad fue sometido todo lo creado (no por su voluntad sino por subordinación a quien lo somete), con la esperanza de que también lo creado será liberado de la esclavitud de la corrupción y admitido a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos que todo lo creado lanza gemidos y está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo esto, sino también nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, aun nosotros mismos en nuestro ser también gemimos, aguardando la adopción filial, la redención de nuestros cuerpos. Porque en la esperanza fuimos salvados, más la esperanza que se ve no es esperanza porque lo que uno ve, ¿cómo puede esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, esperamos en paciencia.”¹⁸

En el pedir no hay engaño

Es una lástima que León Bloy no haya escrito una exégesis de este adagio tan edificante: “En el pedir no hay engaño”. Porque si lo miramos al modo del escritor francés, viene a ser la pura verdad. El “Mendigo ingrato”, muchas veces, veía, en las palabras vulgares, la impronta divina, y en los hechos cotidianos, hasta procesiones de la misma Trinidad. Sí. Es la Verdad Pura. Dios es Ingenuo. Su existencia es la misma Ingenuidad; la Sabiduría Infinita es por sí misma Veraz. Y la Verdad, que consigo se basta, padece necesidades indecibles en el seno de la Gloria, e implora a las creaturas: “¡No tengo donde reclinar la cabeza!”¹⁹

¿Quién dejará de creerle? Los ángeles se desplazan veloces a sus llamados, desde jerarquías innumerables, mediante increíbles formas: algunas de aspecto oriental, con cabeza de águila y cuerpo de hombre; otras futuristas, semejantes a discos voladores, cual ruedas llenas de ojos luminosos. Y allende van los ángeles, posada un ala

¹⁸Romanos, VIII, 18-25

¹⁹Lucas IX, 58

en el tiempo, y otra entornando la Eternidad Sagrada, mientras, con esa velocidad de la Luz, de la Verdad, exaltan el canto: "¡No hay engaño! ¡No hay engaño!". Ellos saben lo que vino a ser de un ángel, que imitando a Dios Padre, queriendo ser igual a El, se invirtió por su orgullo y quedó metamorfoseado en Padre de la Mentira. Por eso ellos celebran siempre la fidelidad a la Certeza Absoluta, a la única música de las más altas esferas, ese rumor de muchas aguas vivientes, aquellos océanos abismales del "¡Pedid y recibiréis!".

—¡No hay engaño! ¡No hay engaño! El hombre toma esta doxología, todavía de pie sobre la tierra, urgido entre la espada y la pared de lo que es y cree ser, entre lo que se dice Jesucristo o lo que le dice César. Y repite e imita como arcángel:

Esta demanda empieza todos los días con la vecina que pide una cebolla y una cucharada de aceite para su alcuza, o unas tijeras. O con el querido vecino que estira su mano alargada como pico de rapiña y coge el libro recién abierto: —"¡Ah! ¿Tienes esto? ¡Préstamelo!". Cuando se retira de tu morada, tú no sabes si has despedido al amigo o al libro. Al uno como tregua; al otro, para siempre.

Y sigue. El dinero es lo más solicitado. A voces lo requieren desde el púlpito. O en silencio, con una bolsa circulante que pende de un mango. Por las calles hay niñas que pinchan las solapas y ponen allí unos emblemas, los cuales anuncian al mundo tu filantropía y la propaganda comercial de quien los obsequió. En las esquinas, gentiles damas extraen monedas y cheques, mediante señuelos fabulosos de rifas; un notario, en un día señalado, entregará premios generosamente, aunque llueva a chuzos.

Los almacenes, los emporios, las tiendas, en el nombre de la calidad más refinada de los productos de la tierra y la industria, te cobran ciertas sumas, convencidos de que son actos de justicia, pues los negocios son los negocios. Y todavía existen procedimientos automáticos, especialidades de tesoreros y habilitados, para sacar porcentajes de los sueldos, mensualmente disminuidos a beneficio de unas cajas muy previsoras y muy capaces; éstas te prometen una vejez jubilosa, asegurada por una negra caja de madera, más bella que todas esas instituciones.

Y tú todo lo crees, todo lo das, todo lo soportas, con paciencia, benignidad, sin envidia, sin jactancia, sin pensar nada malo. Eres la Perfecta Caridad de que habla San Pablo, porque sabes que en el pedir no hay engaño²⁰.

Este proceso tiene que terminar en el umbral del morir, cuando el alma se siente vacía de todo bien, desnuda de toda Gracia, en la —por fin— Plenitud de la Indigencia. Y ella tiene que mendigar la suma industrial, *sub species æternitatis*; tiene que pedir Vida Eterna y la compañía del mismo Dios, con sus tres Personas, segura, definitivamente de que en el pedir ya no hay más engaño.

La Ascensión del Señor

Esta festividad es una de las más exultantes del año litúrgico. Crea el ámbito de triunfo y de gloria que corresponde al acontecimiento conmemorado. Contiene un mandato divino y un mensaje. El primero es muy conocido: “Id y enseñad el Evangelio”. El segundo es más escaso de escuchar. Se refiere a la Segunda Venida del Cristo: “Como le habéis visto, subiendo a los cielos, así vendrá, Aleluya”²¹. Es la bienaventurada esperanza.

La imaginación se trastorna frente al misterio de un hecho pasado que anuncia un futuro definitivo. Habría tanto que contemplar. Miremos un detalle, para sentir siquiera una gota de la plenitud contenida en ese recuerdo imborrable: la subida de Cristo a los cielos.

Sobre este enigma se oye decir a los aficionados a la ciencia, hasta una interpretación que retrotrae a esos días la existencia de los platillos voladores, y más atrás, para explicar el carro de fuego que raptó al profeta Elías —el cual también va a volver— y aún más lejos, en el pozo de la historia, para entender la desaparición de Enoc. Todo esto es un mero ingenio.

Mucho más inquietante que el modo cómo se produjo la Ascen-

²⁰1 Cor. XIII, 4-7

²¹Textos de la Misa del día

sión, es tratar de entender a dónde fue el Cristo. ¿Qué es eso de “el cielo”?

La palabra celeste sirve en el lenguaje habitual para referirse a las cosas que dan felicidad. No hay necesidad de nombrar ninguna. Cada individuo tiene su cielo particular, aquello que le da su ración de alegría. En el orden religioso es el destino del hombre que fue fiel a sus principios.

La gente suele materializar mucho las cosas, no tanto por falta de suficiente espiritualidad, sino por la necesidad de concretar las cosas impalpables. Así, el cielo se lo supone en lugares especiales. Toda la literatura universal sobre el otro mundo está llena de bellísimas suposiciones. Y no habría repugnancia teológica en suponer ese lugar dichoso en otro sistema solar. El mentir de las estrellas es el más seguro mentir, porque nadie ha de ir a preguntárselo a ellas, reza un viejo adagio, que el día menos pensado va a dejar de tener vigencia.

Por eso, frente a tantas suposiciones cabe dar una explicación que se avenga armoniosamente con el misterio de la Ascensión. Se la encuentra en Romano Guardini. Explica genialmente —en *El Señor*— que ese movimiento ascensional no consiste en un vuelo recto hacia arriba, a modo de helicóptero. “Lo alto espacial sólo existe en nuestro espíritu. Sentimos, además, que la dirección indicada sólo es el símbolo de otra cosa. Subiendo al Sol o a Sirio, no estaríamos más cerca del cielo evangélico que permaneciendo en la tierra”. Tampoco relaciona nuestro autor el cielo con la paz celestial o una belleza inaudita que nunca termina. El se dirige siempre a lo esencial. De este modo nos dice: “El cielo es la intimidad sagrada de Dios”.

La perspectiva que Guardini nos abre engendra lo que se llama temor de Dios, o sea, sobrecogimiento ante la inmensidad absoluta del que Es, y no miedo infantil ante la vara del padre. Comentaré cómo conocemos a los seres humanos en la vida diaria, hasta suponer parte de sus vidas, pero también cómo existe un espacio recóndito en cada hombre, “que es su actitud respecto de sí mismo, en la manera de considerarse responsable de sí y de sus actos”. Allí está la inti-

midad. Nadie puede penetrarla. Solamente en el intercambio vital del amor es posible esa comunicación del propio ser. Y no siempre del todo.

Si pasamos de esta consideración a tomar conciencia de lo que puede ser la intimidad de Dios, empezaremos a sospechar apenas con la emoción, lo que siente fray Luis de León, cuando dice de la vida del cielo: "Alma región luciente, / prado de bienandanza", o cuando San Pablo habla de "luz inaccesible", de "Paraíso donde se oyen palabras inefables, que no es lícito a un hombre el proferirlas"²². Y por consiguiente, cuál fue el cielo al cual sube el Señor.

La distancia infinita que se produce entonces, hace comprensible el gemido del poeta, el cual en su oda "A la Ascensión" expresó nostalgia por el Cristo, contradiciendo el sentimiento de gozo de la liturgia de ese día, con voces de júbilo y sonos de triunfo en las palabras de los textos sagrados. Esa alegría es la del alma que espera, (In spe constituiste me.). Aquella tristeza del poeta es la del hombre, a quien le pesa a veces el mundo, "este valle hondo, oscuro, / con soledad y llanto": el precio del cielo.

Tener experiencia de la vida

Hay mujeres capaces de hacer caer la Biblia al suelo, poseedoras de un juicio terminante, pronunciado con el ímpetu de los varones, a los cuales se les cae la gramática. Es la frase decisiva de algunas osadas de carácter, dirigentes feministas, o superesposas ejecutivas como capitanas de barco, o profesoras liceanas de gran oficio; toda esta ilustre falange dice, cuando desea triunfar sobre un hombre más joven que ellas: "Lo que pasa es que usted no tiene experiencia de la vida". El pobre varoncito, sin lectura de Montaigne ni de San Pablo, no tiene más remedio que perder su identidad y retrotraerse a la teta y al biberón, porque ha oído la sentencia definitiva, la regla de oro de la sabiduría humana en boca de señora: la verdad pura, la verdad al desnudo o en calzones.

²²2 Cor. xii, 4

Si el joven fuera de más firme talante, y por cierto, mejor situado en sus condiciones de varonía, no debiera apabullarse ante el peso parlante de una formidable matrona, y pensaría: —Es evidente, muchas experiencias de la vida no poseo, ni puedo tenerlas; ella sí, yo no; nunca se ha visto semejante cosa.

Cuando la gente usa ese concepto-madre de la ciencia, no le da otro ámbito que el de la vida conyugal, con sus respectivas intimidades y frutos de la vida. Con aquel término, tan llevado y traído, no se logra que una señora se monte en el orden metafísico o de la poesía, ni menos llegue a convertirlo en escoba de bruja y se remonte más alto, a la región de las experiencias místicas.

Caballeros ampliamente maduros emplean otra expresión equivalente: "A este joven le falta mucho mundo". Más bien lo usan hombres y mujeres de ambos sexos. Si el inexperto, durante la cena toma el tenedor de pescado para el bisteque o el vaso verde para el vino blanco, ése no tiene mundo. Además no conoce a nadie, no es amigo de ningún diputado ni ha oído hablar de tal o cual familia. Ni siquiera tiene cuenta corriente en el banco, y jamás escuchó una ópera de Verdi el diecinueve de septiembre, en el Municipal, cuando asiste el Presidente de la República. Decididamente no tiene mundo; carece de experiencia de la vida.

Algunas realidades de mayor envergadura, ausentes del alma juvenil, parecen denunciar esos juicios finales: la carencia de sufrimientos espectaculares, ya de pasiones, crímenes, cárceles, hambres, y muy en especial, las grandes ignorancias. Estas las superan los autodidactos, y cuando —después de largos años— ellos conquistan importancia en el medio, son los héroes de la cultura. Hay que aguantarlos como a patriarcas de la civilización y padres de la patria. Los que estudiaron, gracias a una holgada posición económica de la familia o por los consabidos sacrificios de los padres, indudablemente no tuvieron experiencia de la vida y carecen de mundo. Fue una desgracia no haberse mantenido ignorante desde el uso de la razón; un atentado contra la sociedad, haber tenido colegio. ¡Cuántas experiencias se perdieron! No hubo amanecidas de muchos litros de vino. No se ejercitaron las condiciones prenupciales, noche tras no-

che. Nunca se temió la amenaza de un cuchillo, el asalto de un ladrón, ni siquiera el robo de la cartera, en plena oscuridad prostibularia. Por radio habría que proclamar: la virginidad es la más absoluta falta de experiencia de la vida. Eso, ¡no puede ser!: primero el coito, después la verdad. Si los niños no vienen de París, la vida es tan corta y los curas hacen muy mal en no casarse.

Nunca se señalan los límites de la experiencia de la vida, la de este mundo finito, naturalmente. Parece ser que semejantes términos son la misma muerte. Así no se alcanza el provecho de tanto saber acumulado, para que dé a luz alguna ciencia. En la práctica se ve que una pasión erótica —por caso— es luego seguida de otra. El alma madura como durazno; pero queda seca como huesillo. No ocurre una aplicación, en este terreno, de la cacareada experiencia de la vida. Acaecen los mismos hechos como aventuras: ya se trate de matrimonios seguidos de renovados divorcios, o de la publicación de libros cada vez más malos, de un mismo autor. ¿Nada se aprendió, entonces? Las experiencias no fueron sino sucesos que no provocaron ninguna modificación interna. Para conocer se probó de nuevo sin otra luz que las ganas de vivir. Estas no son flechas. Un cafre intuitivo las llamaría boomerang. El ingenuo no estaría tan errado al serlo, porque no tiene malicia: en su huerta no está el árbol del bien y del mal. El estudioso no es un torpe si su dedicación creadora lo aleja de sacar partido de lo que sabe y de ganar dinero con sus conocimientos. El puro no estaría tan lejos de ver a Dios, si por amor al reino de los cielos se ha hecho eunuco a los ojos de hombres y mujeres. Y el distraído que no puede acumular bienes para su casa, sentado en el taburete de la oficina, podrá llegar a ser poeta, sin daño del mundo que no conoce, sin peligro para la vida que él no maneja, porque carece de eso que cacarean las señoras, los caballeros, los dedos acusadores, las manos que palmo-tean la clavícula.

Y si alguna vez el joven claudica contra su alma, y se dedica a los salones, a los trajes, a las corbatas, y asiste a todos los tés, a todas las canastas, sin perder nunca un estreno, codeándose con todas las cámaras de diputádos y senadores, entonces le dirán que se está

portando muy bien. Y siempre le tratarán con el tono paternalista, porque no conviene que un ser integérrimo tenga demasiada identidad. No fuese a suceder que en él vaya a suscitarse el espíritu de Elías, o quizás el de Enoc, esos personajes que volverán al fin de los tiempos a ordenar muchas cosas, de tal manera que si aparecen pueden detener el movimiento de la bolsa o exigir que se les pague a los obreros hasta las ganancias de la industria, para que vivan al mismo nivel de los patrones y escuchen los mismos conciertos, esa gente modesta, de baja condición, que no tiene mundo y carece de experiencia de la vida. Y hasta éstos podrían descubrir la *garçonnière* secreta del ilustre caballero o la combinación de coimas de aquel potentado con el político prudente.

Decididamente carecen de experiencia de la vida y no tienen mundo, todos los pobres, todos los niños, todos los monjes, los investigadores de laboratorios y los ratones de bibliotecas. Hay que incluir, por cierto, a los poetas, a los héroes, a los santos. Y, quién puede dudarle, al Padre, al Hijo y al Espíritu de la Trinidad. Y aunque los curas digan que Cristo es la Encarnación del Verbo, no fue sino un vagabundo, un simple carpintero de pueblo, acompañado de ordinarios pescadores. Nunca habría distinguido la calidad de una tela, o la elegancia de un par de colleras.

Concluamos con los ojos puestos en otro paisaje: en el fondo infinito de la eternidad, donde palpita la Trinidad Sagrada, los ángeles circulan, van y vienen, y los coros de todos los santos alaban hasta el *sinfin*. Allí crece siempre la visión y el conocimiento divino. No hay teología humana que impida suponer cómo cada uno de los hombres que están en ese cielo, viejas criaturas humanas, aumentan de dimensiones espirituales. Esa cosa terrible del sexo terrenal, ese siempre más y más del deseo en la carne —los místicos lo saben— no fue sino una imagen tangible de aquel vértigo insondable que no termina nunca de caer, porque siempre es mayor la hondura, más y más se entra en un horizonte sin principio ni fin, la Perfección del Padre Celestial, meta a la cual jamás se llega, goce del alma, imposible de concebir, “lo que el ojo no vio ni el oído

jamás escuchó"²³, ansia ardiente que consumirá todas las galaxias, pero que da sentido al universo y a su criatura predilecta: el hombre, que no tiene otro ejemplar en los diversos planetas.

Esa es la substancia de las cosas que se esperan. Allá van felices en su carrera alucinante por los campos del Paraíso, todos los ángeles, arcángeles, querubines, milicias, coros, jerarquías, serafines, tronos, potestades, virtudes, dominaciones y principados. Y los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, todas las vírgenes, todos los santos. Y de todos estos innumerables debemos decir —con una carcajada que derrumba las montañas—: no tienen experiencia de la vida ni son hombres de mundo.

Sentirse bien

Cuando las personas se encuentran, la cortesía empieza a funcionar con todos sus esplendores, practicados porque sí; podría estimarse una mala costumbre el no usarla. Hay almas que no padecen el temor de quebrar tales urbanidades; no por estar liberadas de convencionalismos, sino a causa de la soberbia. No perdonan al que alguna vez les dijo una palabra sincera o cometió un acto que a ellas no las favorecía, aunque tampoco las dañaba. Demuestran su feroz desacuerdo no saludando nunca más, con un *never more* más absoluto que el del famoso poema. Así nos procuran una imagen pavorosamente ridícula de lo que debe ser el infierno, cuyo esencial dolor es la separación del Bien Absoluto.

Cuesta imaginarse lo que debe ser ese nunca más saludar de Dios, sin su asentimiento matinal, sin ver su alegría porque la criatura suya existe y permanece junto a El, y nos mira con sus ojos y nos baña de claridades con su rostro, en cada mañana de eternidad, en cada amanecer del paraíso.

Como diosas del Olimpo, se dan especies de mujeres que practican extrañas negaciones de saludo. Cruzan como zombíes, aunque

²³1 Corintios: II, 9

tú —para provocarlas— te inclines como ante la reina de Saba. Aquella acción sincera, el discurso franco, el no haber sido de su grupo en un momento dado, no se olvidó. Ellas eran la justicia y la verdad en persona. Y hélas allí, pasar como postes de taco alto, madres telegráficas de la dignidad más encumbrada del planeta: la del amor a sí mismo.

De todos modos, el uso del saludo tiene sus bemoles. Si su negación mueve a risa por la pertinacia en retirarlo del ejercicio habitual, o produce pavor por el símbolo descrito, la rutina y la convencionalidad le matan sus más bellos significados de homenaje y honra, hasta apagar el afecto que conlleva. El “buenos días” y el “buenas tardes”, repetidos con la regularidad del sol, se escuchan como lluvia, no enriquecen la relación humana. Un “cómo te va” viene a ser afrentoso, un “qué novedades tienes”, desconcertante si uno no profesa el periodismo. Y el “qué cuentas”, por lo menos puede satisfacerse con el relato de la última película vista.

Si se responde: —Estoy muy bien, gracias—, se acaba el saludo, a no ser que sigamos como en el cuento del tony: —Y tú, ¿cómo estás? —Estoy muy bien, gracias. Lo que se debe hacer es esto: —¿Novedades? Mira, acabo de asesinar a mi mujer. Entonces le procuramos al deferente una buena noticia para matar el tiempo, algo con que distraerlo de sí mismo. Lo que da más resultado en el arte del saludo es contestar con la verdad más íntima: Estoy muy bien, porque acabo de procrear un hijo.

Sin embargo, hay hombres todavía que practican el saludo de una manera tal que constituye un verdadero encuentro de almas; expresan alegría y reconocimiento por sus existencias; rinden homenaje al destino del otro. En ellos las mismas palabras convencionales pierden el desgaste de “lo social”, y se oyen prístinas, con una limpieza original que recupera las fuentes de la vida. Es posible que el corazón se haga presente en un vulgar ¡hola! Y la pregunta ¿cómo te sientes?, sin matiz sanitario, puede engendrar consuelo, anima el sentimiento de un apoyo verdadero, de una real compañía, si al recibirse el saludo hay agujijones dolorosos, pruebas del vivir; entonces recuperamos fuerzas y hasta la

conciencia se levanta de su marasmo. Porque no se puede ser verdaderamente hombre sino cuando se aprendió a ser verdaderamente amigo, y esto vale incluso para la relación conyugal. No hay mejor modo de sentirse bien, en el diario tráfago, sino cuando uno mismo puede darse íntegramente hasta en un nimio saludo. Y cuando recibimos de los demás la única comprensión valedera, la del más profundo respeto.

El trato sucesivo con toda suerte de personas revela cuánto más auténtico es el amor silencioso que el derramado en abundante prosopopeya. El ruido de muchas palabras es sensualismo o auto-intoxicación verbal para sentirse bien. Las múltiples voces pueden dibujar embelesos y emociones agudas, pero no dan seguridad de que a la vuelta del camino, cuando te asalten los bandidos, vengan esos numerosos vocablos, aquellas felicitaciones, los buenos días sonoros, los abrazos estentóreos, te saquen del barranco, y te lleven a la posada para curarte las heridas.

Si se hiciese la historia del saludo, habría que partir de uno que tuvo en expectación a todo el universo. El saludo de Gabriel a la Virgen María. El saludo de Dios mismo a una mujer perfecta, por mediación de un ángel. La familia humana y las más altas estrellas dependían de la respuesta a la primera Salve. Ella oyó y "se turbó, considerando qué significaría semejante saludo".

Sin recorrer el diálogo de la maravillosa conversación, altísimo por el esperado anuncio, concreto hasta la fisiología, por las averiguaciones de la Virgen, el saludo hizo sentirse bien a María, hasta el punto que después exultó un magnificat que ningún santo podrá imitar jamás. No olvidemos que ella dijo en ese canto que Dios dejaría a los ricos con las manos vacías. Esto no se ha cumplido completamente. Asimismo el arcángel dijo que Jesús reinaría en la casa de Jacob. Tampoco se ha realizado²⁴.

María supo vivir las consecuencias de los saludos. María respondió con las pruebas de una transfixión que sólo las miradas proféticas del viejo Simeón pudieron vislumbrar hasta los agujeros

²⁴San Lucas: 1, 2, 6-38, 46-55

de la Cruz, hasta los martillazos en las manos del Cristo, que ella padece como madre. Se hizo en María según la palabra de Dios. Con su sufrimiento participó íntegra en la transformación total del universo y del hombre, que un día se colmará para siempre. Cuando Él vuelva.

De modo que cada vez, al escuchar un buenos días, y lo respondamos de ánimo, en nuestra intimidad hay que contestarle al ángel de la guarda del prójimo, ése dé tan gentil saludo: He aquí un esclavo del Señor. Hágase en mí, según su Palabra. Y Dios que recompensa hasta un vaso de agua dado a otro, tomará tu respuesta, y es muy probable que con el tiempo, en menos años del que imaginas, y contra tus desencantos más íntimos, ya no tengas que repetir las mismas palabras en el confesionario, y hasta suceda que en el prójimo aprendes un día a encontrar el rostro de tu Cristo y no veas la criatura a solas. Entonces se sabe lo que es sentirse bien, si ya puedes negarte para ti, pero nunca para los demás, ni siquiera en la brevedad de un saludo.

El "Confiteor Deo"

Esta oración es como un drama en dos actos. Semejante supuesto podría ser una simple ficción pedagógica. Veamos si resiste una prueba de análisis. Dependería en parte del concepto que se tenga del teatro. Casi toda pieza representable, cuando es buena, contiene un conflicto en la vida del protagonista, revelador de las verdades testimoniadas por el autor de la obra. Tal vez lo halla en el Confiteor. Empecemos por el reparto.

Protagonista, el hombre. Único visto en carne y hueso. El, tanto como los espectadores, deben creer en la existencia de los otros personajes. Estos permanecen invisibles. Y son: Dios Todopoderoso, la Virgen María, Miguel Arcángel, Juan Bautista, Pedro y Pablo. La escenografía abarca tierra y cielos, el lugar del hombre y el de Dios, con todos sus santos. La totalidad de ellos puede participar en este opus Dei. Le pondremos un nombre al drama: Mis-

terio de la Redención. El confiteor lo lanza a la acción y de este modo se convierte en la inauguración del día en que se podrá ver cara a cara a todos esos personajes celestes.

El objetivo animador del protagonista, el móvil decisivo de su actuación dramática va expreso en sus primeras palabras: Yo, pecador, me confieso. Confiteor. El sabe como el Rey David: "Mi pecado está delante de Ti". Se compromete consigo mismo y se sitúa por lo tanto en plena y genuina humanidad, cuya substancia es deficiencia. Si se estimara perfecto no necesitaría a Dios. Habla con la medida justa de sus límites, los cuales enseñan el misterio esencial de la obediencia. Al pedir perdón se abren horizontes insospechados: la amistad de Dios, porque reconocerse pecador es más que un acto de justicia: Es un acto de Confianza.

Sin embargo, se ha presentado ante un tribunal. Los personajes de esta escena se encuentran allí para juzgarlo. Dios Todopoderoso es el Juez. Los otros van a intervenir como un jurado.

El hombre ha confesado. No pedirá justicia sino perdón. Ante él tiene al Unico, el que Es y Hace. A quien pertenece porque es libre; por esta facultad ha podido tomar una decisión: confesar como es, obscuramente pecador. Si se negase doblaría el eje de la tierra, aumentando una presión dañosa que un día quebrará el equilibrio de los astros. Al decidirse aumenta la expansión del universo y acumula regocijo definitivo.

Invocó a su juez: "Yo, pecador, me confieso a Dios Todopoderoso". Luego, a los demás: "A la bienaventurada siempre Virgen María". Precisamente a la que nunca concibió pecado sino salvación, la totalmente Asociada, la Intocada de mancha, la Mujer de toda Gracia, Paraíso de Dios. Ella no puede quedar ajena al hombre, tiene parte en su destino: le dio al Altísimo como Niño, y lo mira como otro hijo, menos robusto. Es dueña de casa del cielo. Por ella nunca falta vino en la mesa del Reino. Y así como ordena manteles, se entromete también en la situación de cada uno. Está acostumbrada a pedir que se convierta el agua en vino. Es abogada segura. Conviene invocarla. Su buena voluntad ha sido tan amplia que el Espíritu Santo le encarnó a Dios mismo, en el

misterio más irrefragable de la sangre madre. Y su esposo, José, con su asombroso silencio otorgó la certeza abismal de que ella era la mujer perfecta, en la cual se puede fiar.

El hombre invoca a otro miembro del jurado. Es bien peligroso, puede estar a favor o en contra, no tiene nada de humano: Es el bienaventurado San Miguel Arcángel. Hay historias suyas de gran batallador, en unas luchas de ejércitos anteriores a toda cosmogonía. El vence al Maligno. Por él, por su vigor y su espada cae siempre el mal y la mentira del príncipe de este mundo. Entonces puede poner en jaque a ese acusador de los hermanos, y así el hombre se libra de un fiscal sumamente envidioso, gracias a la espada protectora del paraíso.

Nombra a los otros: "Al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los santos".

El Degollado puso toda su fuerza en el índice para mostrar el Camino, la Verdad y la Vida, y supo disminuirse para que el Cristo creciera; su dedo es la señal de todos los tiempos, la que muestra al Redentor, Mesías, Rey, Salvador e Hijo del Dios vivo. No puede acusar si alguien confiesa quién es el Cristo. Cuando se pronuncia el confiteor hemos hecho su mismo gesto, tomamos la dirección por él señalada.

Pedro no tenía vocación de abogado e ignoraba esas artes enjuiciadoras. De simple pescador pasó a serlo de hombres y ya no entiende eso de echar de nuevo los peces al agua; si éstos allí renacen, los hombres con el agua al cuello parecerían. El quiere hacerlos vivir, porque sabe mucho de la Vida, la reconoció en el Hijo. No será infiel a su nuevo oficio. Tiene las llaves del Reino y le gustaría poblarlo para multiplicar la alabanza. Tiene unas lágrimas guardadas, desde la noche terrible, cuando cantó el gallo, y no está dispuesto ahora, con sus nuevas responsabilidades de Portero, a que otros las pierdan. Hará todo lo posible, no dejará el arrepentimiento del hombre sin la apertura de todas las Misericordias. La llama de Pentecostés le encendió el secreto de la compasión, más allá de los entusiasmos súbitos, a los que él era tan

aficionado. Conoció la calma del dolor en el pesar por la traición. Se puso más humano, porque miró la tristeza del Dios vivo.

Junto a este varón, el hombre ha invocado a Pablo. Es más culto. Estudió Escrituras y normas religiosas. Tuvo maestros, y fue sectario sincero. Sabía no molestar a nadie; vivía de su oficio de tejedor. Pero hay algo que conoce, muy conveniente para el hombre. La metanoia. La conversión total, *el cambio de mente*. Pablo, adolescente, colaboró en la muerte de un joven que vio el cielo abierto cuando las piedras de sus enemigos, los fariseos, lo lapidaban. Pablo más y más enardecido se dedicó a perseguir a los secuaces de ese mancebo. El creía de buena ley que esos cristianos eran errados, contrarios, insurrectos de Yavé. Y corría a caballo, con un grupo, hasta que la Luz que vino a este mundo lo derribó de la cabalgadura y Pablo empezó a Ver. Descubrió a Jesús, y el que cayó lo hizo para alzarse hasta el tercer cielo; el que quedó ciego, con escamas en los ojos, por los caminos de Damasco, abrió párpados y pestañas a la Luz de la Verdad indecible.

Pablo no puede dejar de considerar el acontecimiento de su vida más importante, el que le creó destino, y llenó su alma con algo que sobrepasa todo entendimiento y todo sentido. Este varón, este Pablo tendrá presente el menor gesto de confesión, el más leve movimiento del alma que se incline al cambio fundamental de la existencia, al abrazo desesperado del hombre nuevo, del cual nos habló en sus cartas como si hubiera tenido la inocencia de María, la humildad del Bautista, el poder de Miguel y la osadía ardiente de Pedro.

“Y a todos los santos”, agrega apelante, el hombre. No habría escenario para contenerlos. Tanta gente llamada, si basta entenderse a solas con Dios Padre Todopoderoso, según piensan algunos. Pero no. El pescador, según los consejos de su madre Iglesia, debe vincularse a los miembros más nobles de ese cuerpo, al cual todos pertenecemos, de tal manera que en un instante dado nos encontramos los de ayer, antes de ayer, los de hoy y los de mañana, exactamente a la misma distancia de lo eterno, pero en este campo hay ya muchos definitivamente llamados amigos de Dios. Median-

te ellos, el penitente intenta socavar a su juez. Invoca a los más grandes testigos de la misericordia, e inmediatamente pronuncia a su favor la única verdad del hombre: "Por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa".

Este es el momento culminante de la oración. No se basta a sí mismo con las palabras, conlleva un gesto litúrgico, uno de los más despreciados: el golpe de pecho. Su significado dice así: "La mano se cierra —el puño— y sirve de instrumento de castigo, de amenaza. Pero ¿qué ha de hacer el cristiano con ese martillo de carne y hueso, él que debe presentar la mejilla cuando ha recibido una bofetada en la otra? Castigarse a sí propio. Tocar a la puerta de su pecho —golpe que no mera caricia—; debe sacudir, ser penitencia del culpable. No es un gesto de beata, por el contrario, actitud masculina, de energía, muestra de dominio y severidad consigo mismo"²⁵.

Todo el tribunal ha contemplado esa acción en medio de las tremendas palabras. El hombre se encuentra de rodilla e inclinado, actitudes litúrgicas ricas de una expresión de adoración y pesar. Hablan por toda la humildad posible, todo el reconocimiento y abandono. Es la entrega a la Misericordia que se invocó. "Por mi culpa, por mi gravísima culpa". Con esta graduación creciente, con semejante clímax concluye la primera parte del drama.

En la segunda, existe una deliberación inaccesible. Si hay alegría entre los ángeles por un pecador arrepentido, si el Pastor se refocila por la oveja encontrada, si el padre de familia sale al camino a encontrar al hijo pródigo, el de los cielos, atento al ruego, viendo cómo el hombre apela de nuevo a todos los que invocó en el reconocimiento de la falta, va sumando con prodigiosas matemáticas las intervenciones de María, Juan, Miguel, Pedro, Pablo, todo el sacro coro, y hay una extraña contradicción en el fondo de la eternidad: no la de justicia y misericordia, sino esta otra: las distancias entre criatura y Creador aumentan, pero al mismo "tiempo" desaparecen.

²⁵Alberto Wagner de Reyna: *Introducción a la liturgia*. Buenos Aires, 1948

Podremos discernir ahora, cuál es el conflicto dramático de esta imaginaria representación, en la cual el hombre lucha para zafarse de esa soledad del mal que lo separa de unas aguas enemigas de toda sed.

Traslademos al hombre a sus días habituales, a las horas del comercio humano, en contacto y relación con sus iguales, cumpliendo tareas, oficios, asumiendo responsabilidades y cometiendo errores, faltas, si no pecados, por lo menos manifestaciones tales que por sus limitaciones específicas provocan la lucha de opiniones, la discusión, las protestas, los gritos, las subidas del rojo a las mejillas, las palideces de los peligros, los desasosiegos que ni la almohada pone en olvido. El hombre se enfrenta a duras penas, bocas inmensas le increpan y le marcan su disparate, el atroz equívoco, o quizás, la falta grave, que daña a muchos otros. El hombre se defiende, levanta su coraza, se hunde el yelmo y hasta avanza espada. En su desventura, en medio del fracaso o después de una injusticia sombría, ha vuelto a repetir el gesto de Adán, ha iniciado la disculpa; siempre en tren de justificarse, nunca reconoce su yerro: “—La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí”. Y ella: “—La serpiente me engañó”. Faltó bien poco para oír a la serpiente desquitarse contra los bienes dados por Dios a los animales, como al fin lo hizo Adán con el bien de la fémína. La pareja no reconoció la desobediencia implícita en la fábula bíblica. Algo remoto sucedió, expresado en esa historia, porque toda la especie lleva la marca.

Todos los días se puede leer en la prensa y en los ojos de la gente el mismo juego. Es curioso mirarlos acomodar sus coronas sobre la cabeza erguida. Escamotean la verdad de sus hechos al que pueden, a fin de conservar la importancia, las jefaturas, la honorabilidad, o —quizás— ese sentimiento de magníficos, invencibles en todo terreno, a quienes los demás les deben múltiples favores imaginados por sus voluntades furiosas, dominadoras. Sólo se afanan por hacer lo que ellos quieren, nunca jamás pensaron en el bien de los otros, salvo si al obtenerlo, consiguen ellos ventaja, y cuando ya no les convino el beneficio, harán sus zancadillas,

cometerán atropellos, con la palabra respeto en la boca. Que nadie les diga nada. Es imposible aclararlos; el ingenio les brilla con resplandores de autotrampa, las más insobornables justificaciones triunfan como apotegmas absolutos.

No hay que caer en escándalo ni menos en ira. Un día todos los pensamientos ocultos serán revelados. Entonces vendrá un confiteor tan universal, con unos golpes de pecho tan feroces, cuyo estruendo derribará definitivamente el aguijón de la muerte.

Comida hecha, amistad deshecha

Estas palabras son monstruosas a toda hora; ya de colación o cena; con reunión o sin ella; incluso ante una máquina de comer automática. Felizmente, cuando se pronuncian no suelen ponerse en obra, no alcanzan a cumplirse a causa del escarceo que provocan e impide la amenazante ruptura: —¿Lo están echando? —¡Lo estará pasando muy mal, pues! El huésped queda obligado, como ante una nobleza, a seguir sentado hasta el fin, aguantando la obligación social para que tenga cara de sentimiento cristiano y sea cordial permanencia, gozosa amistad, sin la pesadumbre del adagio. Al fin concluye la sobremesa de la apetitosa jornada, en paz con Dios, con el amigo y con el estómago. Entonces se dirá: —Gracias, me siento muy bien. —Bueno, pero con poco bicarbonato. —Estuvo estupendo, lo pasé regio. Y sigue el ritual de los saludos de despedida, con repetidas tomas de mano. Así se rubrica un acto feliz de la vida, después de haber permanecido rodeado de gustosos entremeses, platos elevados de aromas, y bebidas que iluminan el rostro y el ingenio.

Cuando la gente quiere hacerse la pudorosa, delicada, “fina”, respetuosa del tiempo ajeno, practica la “amistad deshecha”, salvo que tenga reales prisas de micros, oficinas, el ir a dejar al niño al colegio, la cita de reuniones, o que se encuentre sumida en un mortal aburrimiento.

La extraña literalidad de la sentencia suele ser vencida por la

idiosincrasia chilena. Aceptemos una invitación. Escojamos la más breve, la de "onces", "a tomar el tecito". Esta tiene una gran ventaja: no es a la suerte de la olla. Su azar está regulado por la tetera del agua, la cocción de la leche y unas veloces tostadas con mantequilla. Puede que se agregue un kuchen comprado por teléfono y una lata de duraznos, que sirve de preludeo refrescante, y con la cual se suele salir del paso. La corta hora de onces y su economía doméstica son garantía para la buena amistad, librada así de la buena mesa o —como dijimos— de la suerte de la olla.

A veces la generosidad del invitante se excede en hospitalidad culinaria y pone un guiso de ave bien aliñado o una entrada de seco salmón, o peor, de atún con indigesta cebolla cruda, escasamente amortiguada, y con la lubricación del penoso aceite de semilla. Son las once-comidas para prolongar la amistad, antes que se deshaga por causa del vientre.

Todas estas cosas suceden porque no se piensa nunca cuando se come. En medio de la alegría que suscita el vino y la presencia de las personas queridas, juntas en una misma mesa de comedor, pasa de largo, por culpa de los goces palatales, la gota de espíritu que contiene tan sensorial ágape. Es la sal que sazona los platos, el azúcar del café, el misterio quizás sagrado de la copa de vino, con su ¡salud! en alto y al seco, que nos va diciendo: Aquí, reunidos, participamos de una misma vida, recibimos juntos el alimento, una sangre común llega a nuestra entraña; como si no hubiese diferencias entre alma y alma, los frutos de la tierra nos han acercado a un mismo plato, al mismo vaso y recibimos fortaleza y sustento al mismo tiempo, el pan y el vino común nos abraza a todos, en una necesidad transformada en belleza de la vida.

Esta lección de honda humanidad deja de leerse si como araucanos nos atrevemos a decir: "Apoi pitra, amoitu ruca": ya comí, me voy para mi casa. ¿Habría que estar comiendo y bebiendo interminablemente para que la amistad no se deshaga?

La unión fraterna en el alimento común inutiliza el prosaico

adagio si la comida es el Pan Vivo bajado del cielo. Una vez ocurrió del siguiente modo:

El sol se acercaba al horizonte, cuando dos discípulos entraron al pueblo de Emaús. El viajero que les acompañaba hizo además de seguir adelante. Entonces ellos, conmovidos por las palabras con las cuales les explicó las Escrituras, a lo largo del trayecto, le hicieron fuerza para que no se fuese, y le dijeron: "Quédate con nosotros, porque es tarde, y ya se está inclinando el día". Así fue como pasaron a cenar a una posada, juntos los dos discípulos desencantados de no haber visto el triunfo temporal del Cristo, crucificado en Jerusalem, y el Viajero que se les acercó en el camino. "Y estando con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y les dio. Entonces los ojos de ellos fueron abiertos y lo reconocieron". Después con el alma anhelante, contaron a los otros discípulos cómo habían reconocido a Jesús en la fracción del pan, y la alegría de haberle visto también en las Escrituras.

San Agustín interpretó esa cena comunitaria como un acto eucarístico. Modernos exégetas difieren de esa opinión; dicen que la revelación de Cristo en el viajero se debió a que los discípulos le observaron las cicatrices de los clavos en las manos, al momento de partir el pan. Según éstos, los dos de Emaús descubrieron a Dios en persona visible y gloriosa, por una razón positiva y racional, las cicatrices en las manos, como hubiera deseado Tomás. Según Agustín, se debió a que se alimentaron de El mismo.

Ambas doctrinas nos dejan siempre en pie una situación nueva: Al partir ellos de regreso a Jerusalem, desaparecido de su vista el Resucitado, comprendieron en la fracción del Pan, que había una Cena que no termina nunca.

No tengo tiempo

Cuando Montaigne escribió aquellas páginas sobre la amistad, ignoraba lo que en el curso de los siglos ocurriría con ese sentimiento.

Si, por caso, alguna vez hubiese imaginado que en el mundo

se concluiría la existencia del carbón, pudo pensar en otras fuentes de energía; pero nunca concibió que en el planeta se terminaría la cuarta dimensión, como lo afirman a cada momento las personas, arrastradas por el tráfico diario, sin que nunca tengan tiempo para nada, ni siquiera para matarlo, haciendo visitas, o mucho menos, para ver a sus amistades; tal vez, ni siquiera para cultivar la denominada vida social, con sus apariencias, cocktails, aunque con frecuencia los que nunca tienen tiempo, no se pierden almuerzos, banquetes y otra suerte de reuniones, donde, al fin, el hombre figura, resplandece, y puede ser visto en el tiempo.

Time Traveller debió inventar, no la máquina del tiempo para recorrerlo hacia atrás o hacia el futuro: al fin nadie quiere creer en los historiadores ni en los profetas: dos familias de la misma especie. El Time Traveller debió inventar un aparato ensanchador del tiempo, como el cinemascope, a fin de darle mayor duración a las pulsaciones cronométricas que nos empujan hacia adelante, desde el pañal a la mortaja. Hay escasez de horas. Es preciso detener el sol, mientras el alma pueda verse; ella no es temporalidad, aunque ésta la haga rebullir, la rodee de sueños, y nunca logre encontrar a otra alma en una consistencia duradera, en una presencia inagotable de vida intensa y compartida.

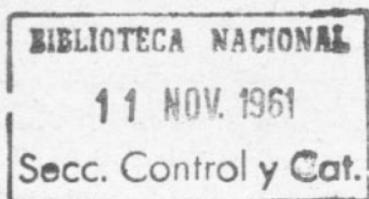
Porque todas van rodando incesantemente de segundo en segundo, paso a paso, año tras año, cruzando cifras, fechas, efemérides, estaciones, edades, de la juventud al invierno, hasta caer de bruces en el fondo del cadáver, con el grito angustioso de "¡Ah, de la vida! ¿Nadie responde?". Allí, en el término de la muerte se leerá: "Ya no hay más tiempo", juicio final del individuo, el que prepara el temple para el otro del Libro Sagrado, cuando anuncia dicho extremo en el suspenso definitivo de minutos y días, en nombre de las tierras y los cielos nuevos²⁶.

²⁶Apocalipsis, x, 6

—No tengo tiempo de quedarme contigo. —Piensa en Dios, a quien le sobra tiempo. No te vayas, mira la desolación que nos rodea, contempla este desierto de falsedades, donde todas las cosas están trocadas. —No tengo tiempo, no soy Dios, no vivo en la eternidad ni menos en las nubes; observa mi nuevo reloj, ¡qué veloz la aguja delgada! —Es que tu alma no se rige por cuadrantes ni esferas, ni siquiera las constelaciones marcan tu destino. —No tengo tiempo, he comprado una granja y necesito ir a verla; excúsame. —Pero yo voy a darte algo precioso: enriquecerá tu entendimiento, henchirá tu corazón. —Excúsame, tengo que ir a casa a probar el automóvil que adquirí para mi trabajo. —Lo verás mañana; hay taxis en los caminos. —No puedo, debo telefonar a mi mujer, llevo tan poco tiempo casado y me espera. —Pero la tendrás toda la vida y se multiplicarán tus hijos; con mi teléfono interferente puedes invitarla a que venga con nosotros; mi cena está preparada, ella va a tener alegría. —Excúsame, debo levantarme muy temprano, porque no tengo tiempo para vivir, me falta tiempo para ser hombre, la muerte viene caminando y debo huir con toda agilidad de sus pasos, porque no tendré con qué presentarme a Dios; estoy vacío, y debo llenarme de todo lo que sucede, de todo lo que compro, de todo lo que me dicen; con todo lo que pasa, con todos los avisos que se publican en los diarios y anuncian en la radio. No tengo tiempo ni para morirme.

—Es una lástima. Se enfriarán las ollas de mi casa. Y si no puedes detenerte a comer en paz la cena del hombre que te ofrece su morada, cómo llegarás a la mansión de Dios, cuya dirección ignoras, cuya mesa no puedes palpar ni su copa adivinas, porque no la ves. Te quedaré esperando el miércoles. —Perdona, no tengo tiempo; el miércoles, imposible, tengo que organizar una entrevista para el diario: es al Príncipe de este mundo. —Lo siento. Aprenderás a contemplar el fuego, escucharás el crujir de dientes, el rechinar de los hierros enmohecidos de tu alma. —Ah, Señor, que nunca me falte tiempo para escucharte en cada rostro que me

llama, me habla, me detiene, hasta volver eterno cada segundo de corazón a corazón, porque el Reino de Dios está aquí entre nosotros, cuando a pesar de todos los relojes de la tierra, nos reunimos en la edad dorada de un Instante Tuyo, y mientras rueda la esfera bajo el vidrio, ya no hay más muerte que ésta: "Os aseguro que ninguno de los que antes fueron convidados, ha de probar mi cena".



ajedrecistas deshumanizados saltan, cruzan, merodean y emergen a través de estas páginas, y se saludan y topan con chifladas poetisas, neutrales resecos, poderosos y pobres, católicos sin Evangelios y comunistas acaudalados, en este espectral purgatorio lefebvriano. Salen de estas páginas para darnos la mano o hacernos muecas, pero ya estaban en la oficina, la cátedra, la asamblea, los ministerios, el púlpito o el Comité Central.

Lefebvre ha escrito con firmes rasgos, sin vacilaciones, sobre este país —como dice— del “más o menos”, el “así no más” o “la cuestión”, llamando a las cosas por su nombre, con española desenvoltura y chilénísimo gracejo. Los *Artículos de malas costumbres* rezuman Chile por los mil costados.

Usted, lector, podrá decir lo que quiera de este libro, pues ya Alfredo Lefebvre ha dicho de usted lo que ha querido.